

ZACARÍAS ESPINAL

Crepúsculo perplejo

[Obra poética]

Introducción de Ligia Espinal de Hoetink



Biblioteca Dominicana Básica

POESÍA

CREPÚSCULO PERPLEJO

ZACARÍAS ESPINAL

Crepúsculo perplejo

[OBRA POÉTICA]

INTRODUCCIÓN DE LIGIA ESPINAL DE HOETINK



BIBLIOTECA DOMINICANA BÁSICA

MINISTERIO DE CULTURA DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

POESÍA

MINISTERIO DE CULTURA
EDUARDO SELMAN HASBÚN
MINISTRO

EDITORIA NACIONAL
JOSÉ ENRIQUE GARCÍA
DIRECTOR

CONSEJO EDITORIAL

ADRIANO MIGUEL TEJADA, BRUNO ROSARIO CANDELIER, DIÓGENES CÉSPEDES, FRANKLIN
DOMÍNGUEZ, LEÓN DAVID, RAFAEL CASTILLO, REI BERROA Y SABRINA ROMÁN.

BIBLIOTECA DOMINICANA BÁSICA

© De la primera edición impresa de esta colección:
octubre 2017, Editora Nacional.
Plaza de la Cultura Juan Pablo Duarte
Av. Máximo Gómez, Santo Domingo,
República Dominicana.
Tel. (809) 221 4141 (ext. 5537)

Diseño de la colección: ALEJANDRO CASTELLI.
Imagen de portada: ELIZABETH LÓPEZ ROSARIO
Cuidado de edición: MARÍA DEL CARMEN VICENTE Y CLARA DOBARRO.
Diagramación y arte final de la edición impresa: AMADO SANTANA.

ISBN LIBRO IMPRESO: 978-9945-503-06-7

Impreso en la Editora Búho, en Santo Domingo, República Dominicana

De esta edición digital:
mayo 2019, Editora Nacional.
Elaboración ePub: DIGNA VARGAS GRULLÓN.
Primera edición digital (ePub): mayo de 2019.

SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA

Este eBook hace parte de la Colección Biblioteca Dominicana Básica (BDB), publicaciones de la Editora Nacional del Ministerio de Cultura de la República Dominicana y ha sido creado a partir de la obra con el mismo título. Se trata de un contenido gratuito que puedes compartir enviando el siguiente link a tus amigos o contactos o usando el mismo para compartir en redes sociales:
<http://cultura.gob.do/index.php/programas/libreria-digital>.



Crepúsculo perplejo by Zacarías Espinal is licensed under a Creative Commons. Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional License.

Creado a partir de la obra en <http://cultura.gob.do>.

Puede hallar permisos más allá de los concedidos con esta licencia en <http://cultura.gob.do>

Índice

[Nota editorial](#)

[Introducción](#)

[Bibliografía](#)

[El ábside de la siesta](#)

[Ulema-tosska](#)

[La negra canción de la distancia](#)

[Verso l'eterna dimora](#)

[Krelim](#)

[Ofertorio](#)

[Los ojos negríssimos de “Buka”](#)

[Horóscopo](#)

[La huella fraternal](#)

[Agonías de distancia](#)

[Le bheikh el peled](#)

[Arambeles](#)

[\[Volatinera Amadriana\]](#)

[\[Ágil y presta Ninfalia\]](#)

[\[Hipnótica nebraskamia\]](#)

[\[Yo sé que un eneuroka matonismo\]](#)

[\[Junto al bárako euferio que apelist\]](#)

[Desde muy adentro](#)

[La canción de tus collares](#)

[Tus ojos](#)

[Tus ojeras](#)

[\[En un recogimiento de asfodelo\]](#)

[Los epónimos](#)

[Paso a los héroes máximos](#)

[La glicera](#)

[El sueño de Atalanta](#)

[Ramón Antonio Abad Méndez](#)

[Rosa y Ondina](#)

[Zaida Nivar](#)

[A una desconocida](#)

Arquímedes Pérez Cabral

Ciclo de poemas de la muchacha adolescente

[Era tarde, tu mano adolescente]
[Siete veces la luna en el tejado]
[Al último fulgor que reverbera]
[Con júbilo de púdicas glicinas]
[Como una corza tímida y arisca]
[Siguió tu mano en la quietud tardía]
[Apenas el crepúsculo perplejo]
[Así, sobre la ojiva del tejado]

Poemas sin fecha

Simón A. Campos

Para ti

[Con tu capricho de Melaine esquivia]
[Lloraban los estanques en la ciega]
[Como una felpa en la beatitud unciva]
[Qué tienes tú, Micaela]

Exultación

La bestia

[Apóstol, orador fuerte y sereno]
[Recuerdan a Richepin]
[No sé en qué leyenda hipolena]
[Melómana zagarena]
[Ánforas rebosantes de brakojos]
[Atreve un claroscuro la idealista]
[En un descuajamiento de marea]
[Glicera de una cólguide ultra-Hozana]
[Hosco y meditativo, bajo el Hiskiön de Ikana]
[En el nirvana nocturno]
[Evorna una grotesca picalia de fumencia]
[En medio a la maleza que aneima la insensata]
[En Rambán etrusco de azambica iranea]
[Remilga su impericia de torva soñolienta]

Manuel Cabral

[Un obligado confuso]

[\[Tienes los ojos de Arcuza\]](#)
[Versos vhedrinhistas](#)
[Ber-belismo](#)
[La lección de Butí](#)
[La bebedora de morfina](#)
[El poema de la tarde errante](#)

[Apéndice](#)

[Tesina universitaria](#)
[Biblioteca Dominicana Básica \(BDB\)](#)
[Sobre el autor](#)
[Sobre la autora de la Introducción](#)

NOTA EDITORIAL

Este libro es el resultado de la conjunción de tres fuentes: la primera y fundamental, el libro de Ligia Espinal de Hoetink,¹ del año 1961; la segunda, el volumen *Vigil Díaz, Zacarías Espinal: Obras*, de Diógenes Céspedes y Andrés Blanco Díaz,² publicado en el 2000; y la tercera, *Postumismo y vedrinismo, primeras vanguardias dominicanas*, de Manuel Mora Serrano (2011).³ Del primero tomamos su totalidad: el estudio introductorio y los poemas. Del segundo, los poemas en prosa y verso que no aparecen en la primera fuente, concretamente, “La bebedora de morfina”, “La negra canción de la distancia”, “Poema de la tarde errante”, “Versos vehdrinhistas”, “Ber-Belismo”, “Krelim” y “Rosa y Ondina”, además de la tesina universitaria, que incluimos a modo de apéndice, la cual refleja el palpitante hispanoamericanismo del autor y nos da la dimensión de su formación y de su prosa. De la tercera fuente, incorporamos el soneto “El ábside de la siesta”.

Los poemas se han organizado según un estricto criterio cronológico, a excepción de los ocho sonetos que Ligia Espinal bautizó como “Ciclo de poemas de la muchacha adolescente” (de los cuales solo dos están datados), pues quisimos plasmar esa unidad que doña Ligia bien supo reconocer. Para evitar equívocos que puedan suscitar los textos que carecen de título, así como para su adecuada ubicación, los identificamos con un título elaborado a partir del primer verso y colocado entre corchetes.

Por otra parte, conviene precisar que, en líneas generales, hemos respetado la peculiar puntuación y grafía del autor, si bien hemos actualizado algunos aspectos ortográficos, como el uso de la tilde en los demostrativos, en los monosílabos o en las mayúsculas.

Esta edición se publica ochenta y cuatro años después de la muerte de Zacarías Espinal. Creemos que el tiempo transcurrido ha validado y ratificado la verdad poética con que nacieron esos poemas, ya serenados, ya testimonios, e incrustados en el mejor fluir de nuestra tradición. Por eso, consideramos que la Biblioteca Dominicana Básica (BDB) constituye un adecuado marco para realzar esta obra.

¹ Ligia Espinal de Hoetink (comp.), *Manuel Zacarías Espinal, 1901 - 1933. Poemas*, Santo Domingo, 1961.

² Diógenes Céspedes y Andrés Blanco (ed. y comp.), *Vigil Díaz, Zacarías Espinal: Obras*, Consejo Presidencial de Cultura, vol. III, Santo Domingo, Editora Búho, 2000.

³ Manuel Mora Serrano, *Postumismo y vedrinismo, primeras vanguardias dominicanas*, Santo Domingo, Editora Nacional, 2011.

INTRODUCCIÓN

Ligia Espinal de Hoetink

Continuamente oímos quejas sobre la devaluación de los adjetivos por el excesivo uso que hace de ellos la propaganda comercial moderna. Se nos hace difícil encontrar palabras que no aparezcan a diario en los diarios en conexión con artículos altamente prosaicos. Sin embargo, no es este el problema que plantea la búsqueda de un adjetivo aplicable a Zacarías Espinal. No buscamos un adjetivo rimbombantemente nuevo, sino, por el contrario, uno modestamente sugestivo, algo que deje vislumbrar la pequeña importancia que tuvo y la gran importancia que hubiera podido tener Zacarías Espinal, de no haberse muerto tan joven. Para decir la verdad, en los periódicos capitalinos de la segunda mitad de septiembre de 1933 no faltaron adjetivos pomposos e imponentes. Los numerosos “In Memoriam” en prosa y poesía hervían de frases como:

“[...] Su persona, siempre esplendente como un sol, que envuelto por la niebla se opaca o entre los vagos tintes de un crepúsculo se extingue [...]”

“[...] No lo dudes, Amigo, Profesor y Colega
si tus grandes proezas algún necio las niega,
yo sabré con mi lira tus quilates valuar! [...]”

“[...] Se fue el esteta raro que idealizó el misterio; que fecundó al océano de las sombras promisorias con la inquietud del pensamiento diáfano [...]”

“[...] No hay alegría en el ambiente; se siente una tristeza que causa conmoción.
¡Zacarías Espinal ha muerto! [...]”

“[...] Que jamás en el corazón de los que tanto le queríamos se marchite la flor de su recuerdo; y que a su último retiro vayan siempre a musitar una ferviente y tímida oración los jóvenes romeros del Ideal [...]”¹

De modo que es difícil negar que, por lo menos en septiembre de 1933, Zacarías Espinal era considerado toda una personalidad de las letras dominicanas.

La primera pregunta que nos viene a la mente, al ver esta florida necrología, es: ¿cómo es posible que le hayamos olvidado tan pronto y tan completamente? Si un grupo más o menos considerable de escritores

dominicanos pudo aplicarle estos adjetivos (y suponemos que sinceramente) a Zacarías Espinal, entonces su subsecuente olvido puede ser explicado de dos maneras por lo menos: o todos los escritores se equivocaron y exageraron el valor de su poesía, encargándose el tiempo de colocar la obra de Zacarías Espinal en el lugar que le correspondía: en el fondo de algún archivo polvoriento; o la poesía de Zacarías Espinal necesitaba, para mantenerla al día y palpitante, la leyenda viva y ambulante de su autor. Como sucede con frecuencia, la explicación más aceptable no es ni la primera, ni la segunda, sino una combinación de las dos. Y ahora hemos penetrado en terreno accidentado y misterioso, en el cual, para hacer nuestra exploración aún más difícil, todo el mundo parece ser un experto. “Todo el mundo” ha conocido a Zacarías Espinal, sea personalmente o solo de oídas o de vista. Una dama que, decididamente, no tiene ninguna conexión con la literatura dominicana, exclama: “¿Zacarías Espinal? ¡Claro que le conocí!”, y nos cuenta que ella, jovencita, conversando con su novio en las rejas de su ventana, veía pasar todas las tardes, en dirección al parque Colón, un grupo de jóvenes envueltos en ardientes discusiones, sobre quienes el novio comentaba: “Allí va Zacarías Espinal con sus amigos”.

¿Refleja esta frase la realidad? ¿Era correcto hablar de Zacarías Espinal... y sus amigos?

Quién tuviera tiempo y oportunidad para dedicarse seriamente a entrevistar a los miembros de ese grupo de amigos que aún están en vida, para sumergirse en los periódicos y revistas de los años 20-35. Para estudiar a fondo las influencias que actuaron sobre este grupo: los simbolistas franceses: Verlaine, Apollinaire; el modernista suramericano, Rubén Darío; Leopoldo Lugones; el poeta uruguayo Julio Herrera Reissig (quien, junto con nuestro Vigil Díaz, tuvo quizás la más profunda influencia sobre Zacarías Espinal); y, muy sorprendente para una ciudad relativamente pequeña y aislada, influencias de los movimientos culturales más recientes de Europa, como el dadaísmo. Nos parece que habría que constatar el fenómeno curioso de que el típico estado de ánimo europeo de después de la Primera Guerra Mundial, cuando comienza el desmoronamiento de los antiguos valores: morales, sociales y religiosos, se refleja con profundidad asombrosa en la mentalidad y el estilo de vida del grupo de “Zacarías Espinal y sus amigos”. Aquí también se relajan las antiguas costumbres morales y sociales: Zacarías Espinal no era el único morfinómano del grupo; y quizá no solo él abandonó los familiares

caminos religiosos para leer asiduamente sobre, y ser absorbido por, exóticas o antiguas religiones.

Pero quizás él fue el único en profesar las nuevas tendencias con una sinceridad, una determinación y una asiduidad terriblemente profundas y destructoras. Y quizás en ese sentido Zacarías Espinal fue, en realidad, el núcleo de ese átomo de escritores: su dedicación —tal vez enfermiza— a este estilo de vida y de poesía puede haberle convertido en el representante por excelencia de ese grupo, que pudiera ser llamado —y tal vez con justicia— el grupo premoderno de nuestra literatura.

Porque no cabe duda de que este grupo ya andaba a tientas y vacilante por los caminos totalmente nuevos que descubriría la literatura moderna. La poesía “veedrinista”² de Zacarías Espinal ya es un esfuerzo —acertado o no— por abandonar lo conocido, lo familiar, para lanzarse por rutas enteramente oscuras y desconocidas. Y sus poemas “convencionales” son con frecuencia un prelude a la literatura ruda y franca de nuestros días: ¡seguramente que no pocas personas se sintieron escandalizadas por estos poemas hace treinta años!

Zacarías Espinal personifica, pues, la búsqueda del joven grupo de escritores, de nuevas y modernas formas de expresión: razón demás para suponer que él pueda haber sido el centro de ese grupo.

Una cosa es cierta: Zacarías Espinal fue ya durante su vida un personaje legendario. Sus anécdotas son recordadas en su pueblo, San Cristóbal, en la capital y sus vecindades, y hasta en San Pedro de Macorís. Parece haber sido un hombre de cultura extraordinaria, y la verdad es que al leer su obra, sobre todo sus críticas literarias, nos quedamos sorprendidos de la erudición de un joven nativo del minúsculo pueblo que era entonces San Cristóbal. Y por lo que respecta a su poesía, quien tenga la paciencia de armarse de diccionarios y enciclopedias encontrará que una gran parte de las palabras extrañas y desconocidas para nosotros no son otra cosa que deidades o ciudades budistas, persas o griegas. Hay una creencia apócrifa, pero muy generalizada, de que los poemas “veedrinistas” de Zacarías Espinal fueron escritos bajo la influencia de la morfina, pero entre sus manuscritos encontramos en la misma página poemas en los dos estilos: en el reverso de un sobre, en la letra microscópica y exacta, adornados con varios dibujos, y después de la información de que fueron escritos en el parque Colón, el domingo 9 de agosto de 1931, encontramos un poema convencional y también un poema de

elusiva inteligibilidad. Esto pudiera ser suficiente para destruir el mito. ¿Pero quién quiere destruir el mito? Nosotros seremos los últimos en desearlo: en nuestra época de perfeccionamiento técnico hemos racionalizado tantos mitos, que preferimos guardar celosamente esta pequeña leyenda que, por incorrecta que sea, tiene su base —como todas las leyendas— en la realidad. Conservemos, pues, la leyenda de los poemas-veedrinistas-narcóticos, pero démosle al mismo tiempo a la leyenda su valor correcto, para también poderles dar a los poemas “veedrinistas” su valor justo: no el valor negativo —aunque quizás curioso— de las divagaciones absurdas de una mente morfinómana y enferma. Tampoco el valor exagerado de “grandes y profundos poemas” que es, tememos, el otro extremo al que nos lleva la literatura incomprensible. La poesía “veedrinista” de Zacarías Espinal tiene por lo menos y sin duda alguna el mérito de haber sido una búsqueda de nuevos medios de expresión, característica no solo de un individuo, ni siquiera de un grupo, sino de una generación universal, que había roto con todas las viejas formas, y que buscaba, con ciega terquedad, no solo lo novedoso, sino también lo nuevo, causándose de paso, a sí misma y mutuamente, heridas psíquicas que en algunos casos emocionalmente predispuestos a ello resultaron en un desenlace fatal.

Fatal. Pero si Zacarías Espinal había llegado a tal estado de esclavización a la morfina que robaba y falsificaba firmas, ¿de qué lado de la tumba cabe la palabra *fatal*? Y aún más: si él tenía una tal necesidad psicológica de olvido y de ensoñación que lo empujara con fuerza tan poderosa a la droga, ¿qué cantidad de medicamentos o de razonamientos hubiera podido salvarle? Porque otros miembros de su grupo de amigos, quienes también fueron morfinómanos, pudieron un buen día dejar a un lado la droga, y continuar una vida larga y normal. Y era que estas personas tenían, felizmente, una doble personalidad: podían ser poetas, con todo lo que esto implicaba, pero también podían ser sencillos seres humanos: los lazos que les ataban a la realidad eran suficientemente fuertes para protegerles. Mientras que en el caso de Zacarías Espinal los contactos con la realidad se hicieron cada vez más vagos y superficiales. Es verdad que él siempre seguía visitando a sus amigos, a sus hermanos en la Capital, a su madre en San Cristóbal, a la novia con quien protagonizó un idilio novelesco; ¿pero penetraban los consejos y advertencias que sin duda alguna recibiría hasta lo más íntimo de su conciencia?

Zacarías Espinal abandonó —y sería interesante estudiar por qué razones psicológicas o reales— su doble personalidad, adoptando con desoladora intensidad la más catastrófica: la personalidad de poeta.

Hay quien dirá que esto, justamente, caracteriza al verdadero artista, dejando a un lado el mérito artístico de su obra. Y hay quien dirá, y con razón, que esto caracteriza también al loco. Pero de todos modos es muy probable que no pocos de sus contemporáneos fueran inspirados, estimulados, impulsados, una y otra vez, por su disturbadora personalidad. Y por lo menos ese reconocimiento merece, sin duda, la figura de Zacarías Espinal: el de haber sido —consciente o inconscientemente, a propósito o por casualidad, “à coeur ou à contre-coeur”—, en su condición de —tal vez único— artista *pur sang*, o de alucinado de brillante fachada, una inquietante inspiración, un angustiante estímulo de su grupo de amigos: ¿cómo explicar si no la florida desolación y el poético duelo de septiembre de 1933? Pero observando este duelo con la perspectiva que nos dan 30 años de distancia y el conocimiento de innumerables nuevos movimientos literarios, es justo hacer constar que fue exagerado. Y esta justicia no empequeñece en absoluto la figura de Zacarías Espinal, por el contrario: porque también es justo hacer constar que Zacarías no fue —como tal vez pensaron sus amigos— la fuerza motriz de su grupo, sino que fue ni nada más, ni nada menos, que la personificación de esa fuerza.

Con o sin Zacarías Espinal, este grupo hubiera existido y se hubiera planteado los mismos problemas. Pero Zacarías Espinal fue la personificación microscópica y desproporcionadamente exacta de su grupo.

Es difícil ver a Zacarías Espinal y a su poesía como entidades diferentes. Su poesía, que tiene por lo menos una característica cierta: la de andar a tientas por los nuevos caminos, combina demasiado bien con su igualmente vacilante autor, para que sea fácil separarles. Esto tuvo sus ventajas y sus desventajas. La poesía rebosaba de vida y de interés mientras anduviera por ahí la figura pintoresca, trágica y legendaria de su autor. No bien desaparece este cuando la poesía se esfuma, como si nunca hubiese existido. La personalidad inquieta y deslumbrante del poeta no le dejaba a nadie tiempo para juzgar su poesía tranquila y objetivamente: quién la admiraría como verdadera y universal poesía; quién la admiraría como curiosas y pintorescas alucinaciones. Todo el mundo, en resumen, la admiraría, por razones variadas y no siempre halagadoras. Fuera la poesía buena, mala o mediocre,

en su tiempo fue admirada, y después fue olvidada, gracias a y a causa de la personalidad legendaria del poeta. Permítasenos suponer que la poesía de Zacarías Espinal no fue ni buena, ni mala, ni mediocre. Lo mejor que se puede decir de ella es que fue una poesía prometedora; lo peor que podemos llamarla es: charlatanería; y ambas opiniones son correctas. Si el poeta tuvo con frecuencia ráfagas de brillante inspiración, que le impulsaban a escribir el poemita en el pedazo de papel que estuviera más a mano, solo contadas veces supo producir la energía y la perseverancia suficientes para emplear su indiscutible inteligencia y pulir y terminar el verso. Sus mejores versos hacen una promesa que el poeta no llegó a cumplir en su totalidad, no solo por su muerte —porque cuántos escritores prematuramente fallecidos no han dejado una reducida pero excelente obra— sino por su propia dedicación a su estilo bohemio de vida. Y con seguridad que en la obra de Zacarías Espinal habrá versos completos o solo estrofas, o solo frases, que merecen ser puestos a un lado y olvidados: el tiempo no le dio la oportunidad —y él mismo tampoco se la dio— de leer y corregir su propia obra, de tachar aquí y allá, de tirar versos enteros a la basura. Y es así como deseamos presentar los poemas de este libro: como materia prima.

Que los jueces literarios se conviertan, por una vez, en consejeros, y que finalicen la obra que el poeta no pudo o no quiso terminar.

¿Por qué habrían los críticos de tomarse el trabajo que el mismo Zacarías Espinal no se tomó? Por la curiosidad científica de colocar este ejemplar literario en el lugar que le corresponde. Y quizá no hay demasiada razón para temer que se le retorne al lugar de donde le hemos sacado: al olvido.

Manuel Zacarías Espinal debe su primer nombre a su madre, dominicana de generaciones. Su segundo nombre es el de su abuelo paterno, aquel canario, severo jefe de serenos de a fines del siglo XIX, que solía decir: “Yo de día me llamo Zacarías... pero de noche Meterías”.³ Nació en San Cristóbal el 27 de septiembre de 1901. Murió en la Capital el 24 de septiembre de 1933. Si este es un personaje legendario, sobre su muerte hay docenas de versiones. Uno dice que él encontró a Zacarías Espinal tambaleándose por la calle, que Zacarías dijo que se sentía enfermo; que él —nuestro informante— le llevó al hospital Padre Billini. Otro dice que Zacarías Espinal entró solo y por su propio pie en dicho hospital; que se acostó en la primera cama que encontró

vacía; que cuando a una enfermera se le ocurrió atisbar por la puerta, descubrió el cadáver del poeta. Otro aún dice que Zacarías Espinal, que acostumbraba ir al hospital para recibir sus regulares inyecciones de morfina, se encontró un día con una enfermera desconocida; que aprovechó la ocasión para pedir que le pusieran 20 centigramos de morfina, a pesar de que él sabía perfectamente que ese era el doble de su dosis “normal” y, además, que esta era una dosis funesta para él; que el amable y simpático poeta supo vencer las dudas de la enfermera, planteándonos ahora ante el problema de si su muerte fue una especie de suicidio indirecto.

¿Pero quién quiere resolver el problema? ¿Quién quiere escarbar y excavar y rebuscar para sacar en claro la verdad desnuda y frígida? El hombre científico y exacto que se decida a hacerlo, que sepa que para él fueron publicados estos poemas: para que alguien enfoque su atención y su inteligencia no solo sobre este poeta olvidado, sino también sobre todo su grupo.

La creencia general es que Zacarías Espinal fue enterrado en su pueblo, San Cristóbal. Terminemos con una anécdota póstuma:

Estando yo con mi madre el Día de Finados de 1956 en el viejo cementerio de Ciudad Trujillo, colocando flores y velas sobre la tumba de mi abuela y curioseando en las inmediaciones, cuál no sería mi sorpresa al encontrarme de pronto ante una lápida que decía sin alterarse: Manuel Zacarías Espinal 1901-1933. Yo, como todo el mundo, le creía muy tranquilo en San Cristóbal. Movida por súbita devoción filial, traté de encender algunas velas sobre la tumba. Pero por algún truco de la naturaleza, la tumba, que estaba en un rincón bastante apartado y a la sombra de un árbol, parecía atraer a todos los vientos, haciéndome imposible encender una sola vela sobre ella. Me hizo una singular impresión en el ambiente característico —flores y trémula luz de las velas— de ese día el que hubiera que dejar a oscuras la tumba de este bohemio y agnóstico.

Sin embargo, no dejemos igualmente a oscuras la vida del poeta. Y quizás esa tumba —que tal vez ni siquiera era de él— simbolice el lugar que debe ocupar el poeta: un sitio aparte, un rincón apartado y azotado por los vendavales.

Lugar y momento para algunas justificaciones: si escribimos la palabra

“veedrinismo” desviándonos de la ortografía académica, solo estamos siguiendo la costumbre del propio poeta. Más que a la negligencia que podría esperarse (pero que no se encuentra) del poeta, este hecho podría atribuirse a cierto no conformismo, a un impulso por distinguirse: este es *su* veedrinismo. El Ciclo de Poemas de la Muchacha Adolescente es el título que hemos aplicado nosotros a ocho sonetos, todos claramente inspirados en un solo suceso. Tres preguntas han de quedar sin respuesta: si estos poemas son todos —como dos de ellos— de 1930; si el poeta tenía la intención de escribir un ciclo de poemas; si el poeta solo estuvo obsesionado año tras año por un episodio de su temprana juventud. Los manuscritos no revelan nada: estos papelitos garabateados, que el poeta dejaba desparramados por todas partes. Al hermano que los recogió y recopiló mientras vivió el poeta, que los guardó con fiel dedicación durante 30 años, cabe aquí una palabra de agradecimiento: a Andrés Julio Espinal. A quienes nos ayudaron con datos desconocidos, poemas extraviados, anécdotas ocultas y sobre todo, con su entusiasmo e interés: Dr. Yúdex Hasbun Espinal, Dra. Aída Cartagena Portalatín, don Ramón Antonio Abad Méndez... mis más sinceras gracias.

¹ Respectivamente de: A. Felino Vicioso V.; *La Opinión*, 24 de septiembre de 1933. Salvador E. Suazo, hijo. Hernani García Alardo, *Sto. Domingo*, 27 de septiembre de 1933. Nilo H. Soto, *Ciudad Primada*, septiembre de 1933. T. Adán Lapaix Valdés, *Capital*, septiembre de 1933. (*La Opinión*).

² Ligia Espinal escribe los términos *vedrinista* y *vedrinismo* con doble e, tal como lo hacía Zacarías Espinal. (Nota del editor.)

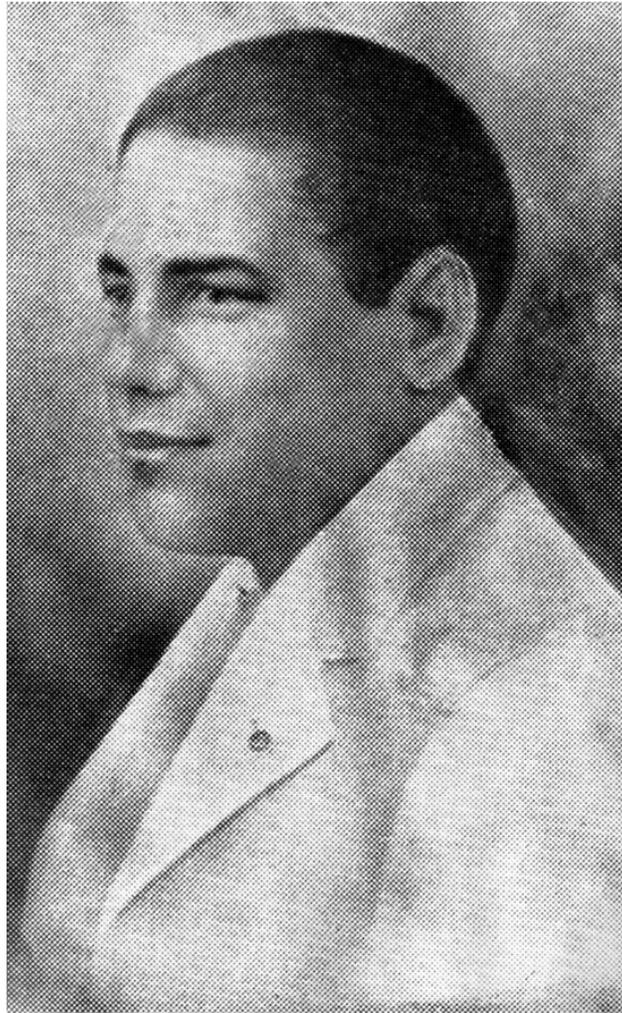
³ M. J. Troncoso de la Concha. *Antología*. (Ed. R. E. Jiménez). Ciudad Trujillo, 1953.

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE LA OBRA DEL AUTOR

- Alcántara Almánzar, José: “Zacarías Espinal”, en *Estudios de poesía dominicana*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1979.
- Céspedes, Diógenes: “Zacarías Espinal: para una semántica del léxico en algunos poemas”, en *Lenguaje y poesía en Santo Domingo en el siglo XX*, Santo Domingo, Editora UASD, 1985.
- “Manuel Zacarías Espinal o el vhedrinismo y yo, mientras tanto”, en Diógenes Céspedes y Andrés Blanco: *Vigil Díaz y Zacarías Espinal: Obras*, Santo Domingo, Consejo Presidencial de Cultura, 2000.
- García, José Enrique: *La palabra en su asiento*, Colección del Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo, Editora Búho, 2004.
- Gerón, Cándido: “Zacarías Espinal”, en *Diccionario de autores dominicanos 1492-2000*, Santo Domingo, Editora de Colores, 2001.
- Gutiérrez, Franklin: “Zacarías Espinal”, en *Diccionario de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Editora Búho, 2004.
- Mateo, Andrés L.: *Manifiestos literarios de la República Dominicana*, Serie Literatura Dominicana, Santo Domingo, Editora de Colores, 1997.
- Mena, Miguel de: “Zacarías Espinal”, en *Diccionario de las letras dominicanas*, Santo Domingo - Berlín, Ediciones Cielonaranja, 2004.
- Lebrón Saviñón, Mariano: “Zacarías Espinal, poeta triste”, en *Santo Domingo en la vida de Martí y otros ensayos*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 2000.
- Moya Pons, Frank: “Zacarías Espinal”, en *Bibliografía de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Comisión Permanente Feria Nacional del Libro, 1997.
- Nina, Juan B: “Zacarías Espinal”, en *Antología de los poetas san Cristobalenses*, Santo Domingo, Mediabyte, 2001.
- “Zacarías Espinal”, en *Antología poética del Sur*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro, 2007.
- Rosario, Bergson: *El vedrinismo*, Santo Domingo, Editora Búho, 2014.

Rueda, Manuel: "Zacarías Espinal", en *Dos siglos de literatura dominicana* (S. XIX-XX), vol. 2, Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Santo Domingo, Editora Corripio, 1996.



Zacarías Espinal

CREPÚSCULO PERPLEJO
[Obra poética]

EL ÁBSIDE DE LA SIESTA

Se atempera la hora. Atipla la una y media
el reloj que rigora desenfrenos malditos;
y el sol que frauge ampos en vértigos y en ritos
columbra de rojeces la fócula que asedia.

Ladra el gosque famélico exeando los plitos
que en la cocina grata el plebano tamedia;
y en un intercolumnio que frunge una comedia,
un coro de arlequines auscultan infinitos...

La anciana endocardiaca fragolla a los sobrinos,
rondallas de truhanes y farsos campesinos
que aspiran como copos de un "Orthas" diligente;

lavan en cinco ruedas omisas aldeanas
la ropa que a la tarde permutan las hermanas
que van a urdir breviarios a la ermita yacente.

ULEMA-TOSSKA

RE de Alto-Azul

Oh, doncella,... que te has dormido con el balcón abierto para oír esta música de amor... ¿No sientes acaso cómo emerge del alma de los violines quejosos un rosal de notas que se eleva hasta ti como una adelfa de amargura?...

Esa es la voz del enamorado nocturno, peregrino doliente de todas las tristezas, que ha venido en la Alta-Noche a deshojar en tu balcón la flor de todas sus nostalgias, en una serenata de dulzura y de melancolía... Es ya demasiado tarde, y sin embargo, el cielo es bien piadoso... No oyes como una voz tristísima que te dice “abre”... lastimosamente... “Abre” — “abre” repite la voz, y del alma del enamorado doliente, surge, a flor de suspiro, un himno triunfal que se dilata en las sombras de la noche como la inmensa cola de un lebrele...!

Oh!, doncella, acaso, solitaria en el balcón, palpita ahora en tu alma con estremecimientos de dolor el anhelo feliz de prodigar caricias... pero ahora que el amor y la música confunden el Bien y el Mal y el cielo y el infierno en la callada paz de tu balcón abierto, despierta y corre a las rejas donde la música gemidora prende un joyel de maravilla en la boca entreabierta de la noche.

Bella debe de ser ahora la danza que cosquillean los diamantes en tu piel; —bello ha de ser el gesto de tu collar envuelto como una sierpe en el abultamiento de tu garganta suavísima; —bella la gloria suprema de tu entera desnudez; —bello el orgullo de tu espejo cantando el himno de tu cuerpo desnudo; ... bello ha de ser tu cuerpo... blanco, omnipotente, glorioso, único, ... triunfal...

Pero es ya demasiado tarde, y es necesario que asomes al balcón. La noche avanza, y cuanto más avanza la serenata se torna más doliente... ¿No oyes?... en el reloj de la Torre las dos agujas han dormido ya un momento juntas, y han cantado doce veces su dulce epitalamio de amor.

¡Ven!... Te implora el amante; ... ¡Arranca a tu garganta los collares suavísimos; —lanza al espacio tus joyas relucientes; —cierra las puertas; —

apaga la luz; —persígnate, —y baja desnuda entre las sombras de la noche a oír más de cerca esta música triste,... esta pálida música de amor...!

Capital, 1925

LA NEGRA CANCIÓN DE LA DISTANCIA

A ti, Lydé, a ti, que llevas en el cielo
de tus ojos el rumor de las ingratitudes...

Ahora que te fuiste, mi amor como un fino perfume estará siempre a tu lado... Así, toda mi alma, toda mi alma de viajero humedecida en la blanca palidez de una melancolía perfumada, estará siempre en tu camino como el único velo de sombra que pasa...; como el perfume errante de una poesía perdida en la distancia, —tal el color de la tarde infinita— enredada en la lejanía cuando muere el sol... ¡así, un tibio y plateado ramo de estrellas, como un lento y sutil reguero de lágrimas...!

Si tú vieras: —Esta música de amor que tiembla en las cenizas de mi corazón, como el rumor apagado de un poema...; esta música que canta y ríe con toda la embriaguez, como un pastor enloquecido en el humo del camino disperso —olor fulgurante de tu perdida palidez; —el destierro de tus ojos cansados—, la indiferencia de tu garganta que se bebió la primavera, y la sombra tristísima de tu amarga melena de rocío, veías cómo pasa el amor en esta tarde cuando canta el otoño su postrera canción sobre la blanca agonía de tus violetas perfumadas...

Ahora parece que me acuerdo: —Quizá— la primera noche la lluvia goteaba sobre los árboles floridos, mansos y buenos como una hermana ausente. Entonces —yo pensaba— adorando tus ojeras cómo serían los crepúsculos que suben al cielo llevando como una franja de humo la embriaguez atormentada de todas las canciones; —y vi entonces— como perdida en lo Imposible la piadosa y lánguida armonía del más allá, algo frívolo, como torciéndose en el dolor de su propia alegría...; el aliento que venía para ti; —la nostalgia del sueño que fue tuyo; la flor de tu tristeza ahogada en el rayo de sol, como en el polvo de todos los dolores tu pobre juventud de colegiala enloquecida.

Pero ahora te fuiste...; y la música de la ausencia, —la única grande y verdadera de la vida, caminará a tu lado como una sombra..., como un triste rumor que te contará a cada paso la tristeza infinita de un recuerdo que murió

como un perfume pálido... ¿Quién eres, ¡oh!, mi blanca y perfumada novia ebria de lejanía y de distancia...? ¡El sueño que me dio la Belleza de la vida; única canción de la Juventud; el tormento sutil y tembloroso como un vaso colmado que cae en el alma y corre y salta con la helada humedad del inseguro amor...!

Por la noche, cuando tu melena se enfríe de plata en la solitaria meditación, frente al rumor enmudecido de las estrellas humanas; —piensa— piensa conmigo, que yo estaré pensando en ti..., en así, enfermo de tu adolescencia mustia y callada como un lirio sombrío... de todos tus suspiros, y de toda tu perdida palidez aletargada, quién sabe si en el éxtasis aletargada, quién sabe si en el éxtasis caprichoso de tus alucinaciones errantes...

Pero ahora, como no habré de verte más, porque amo hasta lo indecible la blanca misericordia de las ingratitudes, tú serás en la ausencia la plegaria de mi alma fría... tú serás también las cenizas dispersas en el humo empalidecido de mis recordaciones... Quizá algún día —no lo dudes— viendo declinar todo lo bueno y frágil de la vida —tal vez— en la distancia, ... en la lejanía, ... en lo imposible quizá, tu pensarás en mí, y yo pensaré en ti, como en el perfume de un ensueño, ... quizá como el tibio y blanco olor de una pasión que terminó...

Así, en nuestras almas, como en un suspiro, latirá a las sombras de la ausencia la mansa y buena oración de los recuerdos...

(Publicado en *La Opinión*, vol. 14, n.º 130, 1 de agosto de 1925)

VERSO L'ETERNA DIMORA

Torna indiestro o impaziente Poeta,
Perché non ancora ni tono ornata dei
miei colori pui belle...

No te afanes en poner en mi alma los últimos resplandores que guardas y posees... A la verdad, justo es saber que eres bella y dulce como un sueño... como una flor... Oh! Agmadar, el frío de tus ojos no puede abrasarse ya en mi corazón...

¡Vete! Déjame y calla... tú, la de pálida y perfumada cabellera... Mi amor pertenece a otra; ya le he entregado como un fino perfume, como un relicario de oro, todo el aliento triste de mi corazón... No creas ya en mis cálidas y rosadas palabras de pasión si tal vez te las digo; ... no las creas... no las creas... no las creas... no las creas ya jamás; ... serán palabras del momento, amor de un engaño que pasa... Oh! Agmadar... Déjame y calla; tú, la de pálida y perfumada cabellera...

Mi amor pertenece a otra; ya le he entregado, como un fino perfume, todo mi corazón!

La muchacha a quien amo ahora, nació en una noche amarga, a la sombra del árbol en que yo nací... Lo que siento en el corazón quiero decírselo en un lenguaje extraño, dulce, dulce y sombrío como sus lánguidos ojos de amor... ¡Apártate! oh tú, la de pálida y perfumada cabellera; mi corazón pertenece a otra; lo he dado como un fino perfume, como un blanco relicario de pasión...

Nuestras vidas discurren a la misma distancia; ... sí, bien que nos abrace una misma tierra y nos queme un mismo sol... Ella quizá no sabe, ni sospecha aún que yo la amo; ... es verdad; pero para ella, el amor mío durará lo que dura mi existencia...

Apártate ahora, oh! tú, la de perfumada y pálida cabellera; ya mi corazón pertenece a otra... se lo he dado como un fino perfume; ... como un dorado y dulce relicario de amor...

(Publicado en *La Opinión*, n.º 159, 20 de febrero de 1926)

KRELIM

Esa muchacha es bonita;
¿por qué?
Porque tiene la cara llena de pecas;
el cabello oliente a aceite de higuera;
es tuerta;
y exhala de abajo de los brazos
un olor penetrante de grajo y de loción.
Señor:
esa muchacha es bonita;
¿Por qué?
Porque tiene el alma como un pedazo
de algodón...

(Publicado en *La Opinión*, vol. 19, n.º 192, 9 de octubre de 1926)

OFERTORIO

A Sirena... la imposible...!

Tú tienes en los ojos la serena
tristeza del otoño que declina;
y plumaje de enferma golondrina
en el olvido gris de tu melena...

Eres para mi alma la Sirena
que deshoja en mi cuita la divina
música de su voz ... como una fina
lluvia de perlas, en la tarde buena.

Como una onda lenta que perfuma
con suavidad dulcísima de espuma
mis nostalgias dolientes y sombrías;

tú pasas por mi vida como una
gota de bendición y de fortuna
en el rumor de mis melancolías ...

Capital, crepúsculo del día 2 de julio de 1927

LOS OJOS NEGRÍSIMOS DE “BUKA”

Ojos de San Sebastián,
crucificados y buenos,
que han inspirado serenos
los versos de Ha-ti-Diskán.

Bromos de Afganistán,
circamayos y agarenos:
opiómanos, nazarenos
de los países de Us-Khan.

Lotos de muerte y de vida
insustanciación cumplida
de Mande-bells y Djastín.

Teósofos de kokrea,
que beben vino y splin
en la somaye de Ubéa ...

Santo Domingo, abril de 1928

HORÓSCOPO

Les poètes surtout
s'intimident, lorsque
je me déshabille...!

Junto al estanque, en el lilibal sosiego
de la hora, la sombra del lentisco,
se enamoró del caprichoso disco
de tu pendiente de azabache griego...

Virtualmente, con énfasis fabriego,
desnudado el silencio del aprisco
anestesiaba el náufrago ventisco
la neurastenia de tu dulce apego...

Me arrodillé de pronto: la campana
mortificó a lo lejos la temprana
misericordia de oraciones blancas.

En una unción de ágatas sencillas
la tarde se durmió sobre las francas
arrugas de tus medias amarillas...

Santo Domingo, abril de 1928

LA HUELLA FRATERNAL

A toi, Juliette, à toi...

Ópalo y sangre en cábala suprema
de abismática y rara quintaesencia
en una negra confusión de Ciencia
era la luna su dorado emblema...

Haces de pitagórica inclemencia,
en el Apocalipsis de un poema,
bárbaro y sabio, tu corpiño crema
precipitó tu casta adolescencia...

Se hipnotizó la noche: tu silueta
guiñó un espectro de imposible oscuro
en la solemne paz ultravioleta

del tejado, que áspero y sombrío
adormeció con su letargo impuro
la hiperestesia musical del río...

Santo Domingo, abril de 1928

AGONÍAS DE DISTANCIA

Plonger au fond du gorffre,
enfer ou cid, qu'importe...?
Au fond de l'inconnu pour
trouver de nouveau...?

PAUL VERLAINE

Ojos de kandelis... y de gemas,
como nebráskas de ultramar, felinos,
desnudan avideces hukelinos
con el opio de todos los poemas.

L. y H. de ag-gent... emblemas
17 de Aská, Krelim de okinos:
vertidos de Hara-dam en mortecinos
kaleidoscopios de udarán zemas...

Detiene Utilio su tritón: Evencio
como histérico juat, en el silencio
armoniza con Tell... Horan recelos:

Kologs-Lys desfallece con Critéa,
mientras tus ojos de rimmel y tea
suprimen la ignorancia de los cielos.

Santo Domingo, abril de 1928

LE BHEIKH EL PELED

Hiela un nirvana torvo de hifélida sapiencia
Ceraskas de Diorimas y prigmias de Falea,
como en la hiperestesia narcótica de Higea,
aneima su impericia de náufraga indolencia.

Norya retifa el albio de cárdena indulgencia,
megaloantropogénica de Pzirya de Zikrea;
y en póstumo rebencio de antigua Galilea,
Diotima satisface su lama quintaesencia.

Heraklia patentiza la tarde bienhechora;
neófita de randia y aspigios de Kandora
hierosolimitanan su heráldica pendigia;

Brenka de mefistófela atisba su apolema,
mientras en la cubernis de firppa Ibadeligia
trota como un apelio su yámbico poema.

Julio de 1929

ARAMBELES

Deshoja Mignon el lis
con indulgencia tan buena,
como una Martha Horgalena
de San Francisco de Asís.

Viena, Marsella y París,
en una noche agarena,
pervierten la nazarena
de dulce mirada gris.

Acecha en tanto furtivo,
Bisson determinativo
su impenetrable quietud;

y en un salto ponentisco
rompe por siempre el arisco
túnico de su virtud.

[VOLATINERA AMADRIANA]

Volatinera Amadriana
de una Hispérides narcótica
hiperestética y gótica
Glicera quintaesenciada.

Gazé de Hiperioma alada
ultra-kocionika erótica,
esfinge de Atherva hipnótica
en Osquestrión de Arkalada.

Leve Diotima de Ankuma,
etérea Hikar de Zatzuma
que fragua aneimo de Oskin;

eres como un taumaturgo
“Darko” de Zivio o Panurgo
en Béter... opio... y splin.

San Cristóbal, 29 de octubre de 1930

[ÁGIL Y PRESTA NINFALIA]

Ágil y presta Ninfalia
de Alcione y de Gorikó
Diotima de Hitalembó
en paradoja de infalia.

Atreve un beso en la Onfalia
de tu occipucio higankó
y eres Nilka o Salambó
en una gótica hinfalia...

Bulle como Hipagalem
Dorka de Jerusalem
narcótica Pagarantha,

tienes como una Amadriada
una boca envenenada
con los filtros de Athalanta.

San Cristóbal, 29 de octubre de 1930

[HIPNÓTICA NEBRASKAMIA]

Hipnótica nebraskamia
de póstuma hipamenión,
absurda y ronca oración
de incognosible biskamia...

Pathera de Hithalé
lúgubre de pariskó
funámbulo ponentisco
de paradoja Astarté.

Áspera y túrbida Henaida
apámela taciturna
abstracta y acre Zaterna
en rambika de Tebaida.

Marchita Belerecén
opomezalia hifedrín
aneibate de krelín
en zatzuma de Pedrén.

Así, tus ojos Porika
anoheceres de Hirán
son crepúsculos de Arkan
en rojos cielos de Orika...

29 de diciembre de 1930

[YO SÉ QUE UN ENEUROKA MATONISMO]

Yo sé que un eneuroka matonismo,
de trágica hipoliefá glaudicana,
atipuló la liturgia higozzoliana
de tu rostro de eurítmico iglokismo.

Que un vago tornasol paledonismo
violenta la narcosis podeliana,
de tu fúlvea mirada mahometana
con ampos de ritual sonambulismo.

Así, preciosa Prócris, la opulencia
de tu envenenadora continencia
infija la ilusión de un Siglo de Oro.

Ámbares y oventilios de Hipponea
caen bajo la llama del tesoro
que te ofrece en su luz Pentesilea.

29 de diciembre de 1930

[JUNTO AL BÁRAKO EUFERIO QUE APELISTA]

Junto al bárako euferio que apelistas
la diátesis narcótica de Hicrea,
responza su emperámica Hitorbea
la funcia de Kra-Zoma panevista.

Zigia-20, —Zelé, —Kranimia Hitea
Karma Ozoramia de akelión panista
que frunge su aponema panteísta
en zakos de ancoroma y Galilea.

Oh! Hiberazuima de Akirón-Retencio,
los ásperos responsos del silencio
en áulicos aneikos de Kauteja;

Hiperamant narcómana te infija,
como un kromelio de Tebaida vieja
en la noche boreal de tu sortija.

Capital, 13 de enero de 1931

DESDE MUY ADENTRO

*Para la inteligentísima y culta Nuestra
Señora de las hondas susceptibilidades
estéticas, María Luisa Alemany,
Muy devotamente, M. Z. E.*

I

Cuando sobre los timios del Pekoro,
a la luz de la tarde mortecina
labraba Pakemón su peregrina
Athalanta, en los bloques del Pzikoro;

tu juventud, como un Anfijia de oro,
lucía en los frisales de Higolina,
suave, como una inkalia florentina
que auspicia los retimios del Gokoro.

Alabastro de Bluker; ... indecisa
visión de alguna errante Monalisa,
aneimando los lienzos de Leonardo;

música de Mozart, tu vida entera,
que alienta los ensueños de algún bardo
con tus ojos de dulce gondolera.

Abril de 1931

LA CANCIÓN DE TUS COLLARES

A María Luisa Alemany

Con tu atavío pavoroso,
lleno de piedras,
brazaletes y collares.

J. H. R.

Dócil como paloma mensajera,
al peso abrumador de tus collares,
trasluce tu garganta los albares
de una espléndida albura de quimera.

Entonces, como aurora tempranera,
que auspició los crepúsculos lunares,
añoran sus reflejos estelares
en tu nivea blancura de Glicera.

Como sierpes que acechan intranquilas,
la neurastenia gris de tus pupilas
adormece su amarga transparencia;

mientras que en el vellón de tu garganta
tu azulado collar suspira y canta
la canción de la vida y de la ausencia...

Capital, agosto de 1931

TUS OJOS

Adiviné el misterio de tus ojos
porque esta mañana
no son, como han creído, dos diamantes negros,
ni dos carburichos raros;

Oh, no: son dos copas herméticas
que guardan un veneno amargo;
dos glinas estupefacientes como un narcótico lejano,
dos libores de opio o de morfina
con bandarra y lieleño de Kampire.

Eso no más son tus ojos tan temidos,
tan bárbaros y tan asesinos
de quienes huyen todos con pavor y miedo
como si fueren dos puñales vandalinos.

Sin embargo, yo sé que son dos cosas buenas,
desde que tuve la ocasión propicia
de adivinar por fin esta mañana
el profundo secreto de tus ojos.

Domingo, 9 de agosto de 1931, 9:00 A. M.
Parque Colón, Santo Domingo

TUS OJERAS

A toi, à toi Any... à toi ...

Dos Ominarios de Onke
con apio y chippo de Aconia,
finge la glansa paponia
de tus ojeras de Hanté.

Narga y Zatzuma de attonia,
glenas de Yfalia y Kanté,
aneima en ellas Branké
su ika-mukora de Ygonia.

Por fin, en ellas Rokale
entre albias de jubileo
aduerme al rubio Hipopilo.

Mientras, celoso y ladino,
le asesta Nonigo el filo
de su puñal asesino.

Domingo, 9 de agosto de 1931, 9.20 A.M.
Parque Colón, Santo Domingo

[EN UN RECOGIMIENTO DE ASFODELO]

En un recogimiento de asfodelo,
marquesado de acobias florentinas,
bajo un raudó ikrepó de muselinas
declaró su fatídico desvelo.

Amplio, desde las rukas mortecinas
en atisbo de glauco terciopelo,
aneima los albores de su vuelo
la luna en las azalias campesinas.

Rubia, como una “Ogó” del gosiwara
en el oro de Vespero Hidekara
la noche se anticipa en su nirvana;

hasta que en la Klofenia ponentisca
asoma su cabeza la mañana
como una corza tímida y arisca.

Diciembre de 1931, Santo Domingo

LOS EPÓNIMOS

LEMA: Pero la Historia habla
apasionadamente...

Con rugiente bravura de leones,
al vibrar la Epopeya en las cornetas,
bajo una tempestad de bayonetas
rompisteis los contrarios batallones.

Y con firmeza ínclita de atletas
despreciando el rugir de los cañones,
desplegasteis gloriosos pabellones
al Himno vencedor de las trompetas.

Oh, Titanes Excelsos...! La grandeza
de vuestra enorme y épica proeza
asombró los designios de la Gloria;

cuando pasó la Libertad, el día
en que en Azua se abrió con hidalguía
el libro fulgurante de la Historia...!

Concurso del 19 de marzo de 1932

PASO A LOS HÉROES MÁXIMOS

LEMA: Yo sentí las angustias de la Patria

¿Dónde encontrar el numen elocuente
que dé a mi lira inspiración gloriosa,
para cantar la hazaña portentosa
de vuestra heroica gesta prepotente ...?

Ebrios de libertad, en el rugiente
fragor de la batalla pavorosa,
desdeñasteis la muerte tenebrosa
al flamear vuestra espada reluciente.

A vuestras plantas la victoria misma
se prosterna de júbilo y se abisma
como ante un Templo de proezas bellas.

Cruzaréis por los Siglos venideros,
como egregios Titanes altaneros
sembrando los caminos de Epopeyas.

19 de marzo de 1932

LA GLICERA

Sufriendo su penúltima agonía
el áspero crepúsculo andariego,
atipió sobre el anko veraniego,
el lúgubre punzó de su elegía.

Sulfúrico el bridón de pedrerías
al yámbico zig-zag de su lentego
la rauda hiperestesia de su apego
burló la beatitud de la alquería.

Así, contra la Muerte su Hipolema,
capitana de Ansonia y de Zilema,
claudicó sobre el ampo godeliano;

y al lúbrico clamor de su impaciencia,
desesperó tu sorba penitencia
al vórtice errabundo del arcano...

Mayo de 1932

EL SUEÑO DE ATALANTA

Sobre ampos de salobre parpadeo,
en la grave amplitud de los tapices,
urgiendo metafísicos deslices,
la noche aventuró su lagrimeo.

A lo lejos, promiscuo de matices
y en atiplo de glauco lampareo,
Melampo claudicó sobre un Leteo
la terquedad de sus pupilas grises.

Al ras de la penumbra sobre el combo
desorden ideológico del biombo
cósmico, Aldebarán siguió su elipsis;

en tanto que Hanemélika rotunda,
aventuró en la noche furibunda
el potro de su rojo Apocalipsis.

Junio de 1932

RAMÓN ANTONIO ABAD MÉNDEZ

“... Sus palmas abrió para el afligido,
y sus manos extendió
para el menesteroso”

Su espíritu remanka la ikoliana
gravedad de Hipocemio el pagarista;
corazón que renace en la idealista
visión de algún remoto Ramayana.

Poborio, más que Trombo el ugonista,
en claro verso de ilusión lejana;
tiene de Paronkimo y de Hankoliana
la sensibilidad del veedrinista.

Nada de Poe, Baudelaire infija
rojas hiperestesias y prolija
entelequia de un “haggo” bizantino;

Verlaine le induce su neurosis fría
y condensa su vida en el ladino
poema de la “Gran Melancolía” ...

Agosto de 1932

ROSA Y ONDINA

Siempre azul, como el celaje inquieto
de una tarde serena que agoniza
pasan con majestad de pitonisa,
revelando un romántico secreto.

Rosa y Ondina, que el amor discreto,
desgranando las perlas de su risa,
revelan una aurora que idealiza
la música sonora de un soneto.

Porque Luis y Carlos han prendido
sus almas de bohemios, en el nido,
de sus bocas, panales de ambrosía;

bellas como dos plácidas mañanas
fingen más que rivales, dos hermanas,
llenas de evocación y de poesía.

10 de noviembre de 1932

ZAIDA NIVAR

¿De dónde vienes, peregrina hermosa,
cargada de visiones indecisas,
con tus grandes pupilas imprecisas
y tu garganta de ámbar luminosa?

¿Romera de qué Ansonia milagrosa
que a Cármenes risueñas idealizas,
con el arpegio de tus claras risas
como una primavera rumorosa?

Tienes de las princesas de Bekara
la helénica belleza, dulce y rara
que seduce con gracia y gallardía;

Zaida: por todo eso yo te ofrezco
el lirio de mi sueño siempre fresco
y el perfume sutil de mi poesía.

San Cristóbal, diciembre de 1932

A UNA DESCONOCIDA

Una eclosión de perspectivas rojas,
manchó los horizontes de la aurora,
y un lánguido gemido entre las hojas
desgranaba la alondra arrulladora.

En ese instante, tu figura airosa,
lauta y esbelta, como flor temprana,
llenó todo el azul de la mañana
con vagos tintes de amapola y rosa.

Y te fuiste. Mi alma acongojada
sintió bajo la luz de tu mirada
la punzante crueldad de las congojas;

y hoy, sin embargo, en mi dolor te invoco,
bajo el furor de mi pasión de loco
y entre un fulgor de perspectivas rojas.

San Pedro de Macorís, 1933

ARQUÍMEDES PÉREZ CABRAL

Bohemio refinado y florentino,
artífice de un sueño visionario,
flordeliza su canto legendario
en quimera de estára bizantino.

Espiritual y lírico; en el fino
cordaje de su pífano plenario
traduce el florilegio silenciario
de su blanca ilusión de godarino.

Ama el arte; y gusta sensitivo
de idealizar a solas en furtivo
soliloquio de Amor y de Esperanza.

Bebe de la pagana gallardía,
y como egregio pánida se lanza
a la Castalia azul de la poesía.

Capital, 16 de mayo de 1933

CICLO DE POEMAS DE LA MUCHACHA ADOLESCENTE

[ERA TARDE, TU MANO ADOLESCENTE]

Era tarde, tu mano adolescente
con el raudo zic-zac del ponentisco
en una indiferencia de lentisco
deseperaba repentinamente...

Con áulico mutismo en el aprisco
gemía un corderillo ciegamente
y en la sinuosidad de la vertiente
el sol ahogaba su dorado disco...

Infija sobre mi hombro atribulado,
como un liviano fardo perfumado,
tu cabeza evocaba mis anhelos;

te dije con solícito embeleso
el poema de todos mis desvelos
en la música híbrida de un beso.

[SIETE VECES LA LUNA EN EL TEJADO]

Siete veces la luna en el tejado
agravó sus equívocos sencillos;
con claros alabastros y amarillos
topacios de un rosario desgranado.

A la puerta del patio abandonado
se signaban dos rubios monaguillos,
y alzaban a lo lejos los rastrillos,
la oración del convento desolado.

Al fin, como en síncope tranquilo,
a la grave piedad de mi sigilo
te rendiste con púdica indulgencia;

y sobre el musgo, sudoroso y frío,
apuré tu inefable adolescencia
como licor sacramentado y frío.

[AL ÚLTIMO FULGOR QUE REVERBERA]

Al último fulgor que reverbera
bajo el oro del ciclo mortecino,
se pierden a lo lejos del camino
tus ojos de paloma mensajera...

Agua de gema en perla de quimera,
al óleo del crepúsculo marino,
sueñan con el silencio campesino
que aletarga tu negra cabellera.

Eso sí, que al verte tan preciosa,
crispa sobre mi espíritu vibrante
la tentación su garra lujuriosa;

el pecado me toca, grave y franco,
de juntarte a mi pecho palpitante
bajo la sombra del tejado blanco.

[CON JÚBILO DE PÚDICAS GLICINAS]

Con júbilo de púdicas glicinas
esa tarde el crepúsculo andariego
lamentó en el tejado solariego
la liturgia incapaz de las neblinas.

De súbito tus manos mortecinas
signaron el equívoco de un ruego,
en tanto que a la sombra de un lentego
descuajé mis lujurias masculinas.

Pálida y fatigada en la silente
convulsión del espasmo consecuente
me aferraste con sádica presteza;

y luego de inmolar tu adolescencia
declinaste en mi hombro la cabeza
en muda imploración a mi indulgencia.

[COMO UNA CORZA TÍMIDA Y ARISCA]

Como una corza tímida y arisca,
entre una irización de crisolampos,
aneimando el silencio de los campos
surgiste emperatriz de la ventisca.

Al verte taciturna y ponentisca,
como egeria risueña de meliampos,
hierática, tus ojos de horolampos
embargaban la sombra ponentisca.

Cuando la tarde huyó por las hurañas
rambalas taumaturgas, tus pestañas
se avivaron en éxtasis furtivo;

entonces, bajo el arco del tejado,
te di todo mi amor, dulce y esquivo,
en un abrazo largo y apretado.

[SIGUIÓ TU MANO EN LA QUIETUD TARDÍA]

Siguió tu mano en la quietud tardía
del tejado, su equívoco ideario;
liturgias de un ritual devocionario
determinativo de melancolía.

Con áspero sigilo el campanario,
como un anciano asmático gemía
lúgubres “Deprofundis” en la fría
piedad del infinito silenciario...

Juntos, como en un éxtasis evencio,
violando las congojas del silencio,
en un recogimiento de cariño,

te dije mi pasión; y tú, entretanto,
sentías las primicias y el encanto
de mi mano perdida en tu corpiño...

[APENAS EL CREPÚSCULO PERPLEJO]

Apenas el crepúsculo perplejo
lloraba su amarilla penitencia,
como una pobre monja en abstinencia,
sobre el tejado taciturno y viejo...

Era el atardecer. En la opulencia
de tu alcoba romántica, el reflejo
de tu nerviosidad frente al espejo,
embujaba tu intacta adolescencia.

Al fin, como en un salto sibilino,
chasqueó mi hiperestesia de felino
para unirte a mi ser con quejas tiernas;

y luego de officiar el sacrificio,
bajo el apego de mi dulce auspicio,
te sentaste a llorar, sobre mis piernas...

[ASÍ, SOBRE LA OJIVA DEL TEJADO]

Así, sobre la ojiva del tejado,
lamentando un silencio de amatistas,
gemía sus congojas irrealistas
la canción del crepúsculo cansado...

Avivando sus blondas idealistas
se hinchaba tu corpiño perfumado,
a impulsos de tu seno aprisionado
como un halam de caprichosas vistas.

Al signar la oración en la cercana
ermita del poblado, la temprana
blancura de tu esquiva adolescencia,

sintió la tentación de mis antojos,
violando sobre el musgo sin enojos
la equívoca virtud de tu inocencia.

POEMAS SIN FECHA

SIMÓN A. CAMPOS

Con su egregia apostura condottiera
en su áulico ademán de florentino
su figura de príncipe agarino
se yergue majestuosa y altanera...

Bohemio y taumaturgo: a la manera
de un complicado artista bizantino
enjoya en un soneto diamantino
su corazón de flor y de quimera...

Artífice lejano: patentiza
la blanca idealidad que flordeliza
en su espíritu azul y verleniano;

teosofa la indulgencia de la vida,
regando ámbar y miel sobre la herida
enconada y abierta del hermano...

PARA TI

(A Rebeca Barinas)

Bella y gentil, como una leve rosa,
al amor de una bella primavera,
eres todo un poema ... una hechicera
canción de dulce fuente rumorosa.

Para tus manos, que la magia airosa
de una oriental fascinación hiciera,
en alas de una plácida quimera
trae de lejos la blanca mariposa.

Oh, Rebeca, y si el alma triste
del poeta doliente, a quien le diste
un amargo desdén, cantar pudiera,

forjara para ti suaves canciones,
un arpegio ideal, una quimera
en el hilo de muchas ilusiones.

[CON TU CAPRICHO DE MELAINE ESQUIVA]

Con tu capricho de Melaine esquiva
y tu bontade de “Luason” felina,
como una “bâte” de Saint-Sée ladina
te prodigas, risueña y sensitiva.

“Epicier” tu neurosis sibilina
de casquivana “forge” vengativa,
matas, “agia” y determinativa
como una droga torva y asesina...

Nékwar y voluptuosa con empeño
te abismas en tu sádico beleño
que te envenena con placeres bellos;

porque eres misteriosa y soñadora
como una hermosa caja de Pandora
que atrae con sus lúbricos destellos.

[LLORABAN LOS ESTANQUES EN LA CIEGA]

Lloraban los estanques en la ciega
serenidad del ámbito postrero;
inmóvil quintaesencia del altero
silencio de la huerta solariega.

Bajo el misterio de la trompa alega
hierático y ritual el altanero
prestigio de tu garbo condottiero
electrizaba tu belleza griega.

Pálida y somnolienta, sobre el blanco
regazo de tu pecho, en un franco
recogimiento taciturno y frío,

me adormecí con híbrido letargo;
apurando tu aliento en un tardío
beso de fuego, apasionado y largo.

[COMO UNA FELPA EN LA BEATITUD UNCIVA]

Como una felpa en beatitud unciva,
al ífimo punzó del crisolampo,
sobre el ópalo cónico del campo,
se desangró la tarde fugitiva.

Signando su impericia negativa
una cabra en la fuente de Kolampo
rumiaba bajo el alma de Melampo
que embargaba la hora pensativa.

Pálida, con su fimbria de gliceras,
la noche se acordó de tus ojeras
en una vaguedad de terciopelo.

Y cerca, entre las brechas de su nido
atiplaba con triste desconsuelo
un pájaro, el poema de tu olvido.

[QUÉ TIENES TÚ, MICAELA]

¿Qué tienes tú, Micaela
en tu garganta zilama?
Es un raro pentagrama
de Paganini y Kadela.

Alegre tu canto vuela
con inocencia de gama
y es un pájaro en la rama
de mi florido canela.

Porque tu canto, preciosa,
huele a nardo, huele a rosa
al heliotropo de Anroro,

y es tan sutil tu canción
que finge un chorro de oro
en un jardín de ilusión.

EXULTACIÓN

Para Anayberka

Nunca Cleopatra fue tan seductora,
como lo eres tú, gentil Sultana;
ni más bella que tú lo fue la Diana
del vetusto bosque cazadora.

No pudo Venus tener la ofuscadora
lumbre de tu mirada soberana,
ni rimaba cual tú la encantadora
Terpsicore su plática pagana.

Leda no fue más blanca; ni más bella
que tú fue la eucarística doncella
furtiva de los bosques, Athalanta.

Como tú no cantaron las palomas
de Eros, ni más dulces eran las pomas
de Ariadne, que la voz de tu garganta.

LA BESTIA

El pecado te acecha y te condena...

Jorja:

Terca serpiente de la terca Alía,
que a Upilea reverbera de erotismo,
cuando Agio se promiscua en el abismo
de tus ojos de opio y de alegría.

Jorja:

Como a Gadamia la Glicera fría,
que mezcla levedad con sensualismo,
acrece Pakemone su onanismo
después de la abstinencia de su orgía.

Sí, Jorja:

Eres mefistofélica, narcótica,
espectone y sonámbula, hipnótica
oriada de maldición y de impureza,

masturba tu sadismo escandaloso
engañando a Farón con la grandeza
de tu cuerpo enlodado y fatigoso.

[APÓSTOL, ORADOR FUERTE Y SERENO]

Apóstol, orador fuerte y sereno,
político de embate decisivo;
en montaña de esfuerzo positivo
y egregio paladín de luchas lleno.

Faro de juventud, irradia pleno,
de fúlgido optimismo indicativo;
y atrae con su acento persuasivo
la inquieta multitud hasta su seno.

Dominador audaz, firme y austero,
taumaturgo Señor, con el acero
de su verbo prosterna las legiones:

columna de prestigio se levanta
bajo el himno glorioso que le canta
la multitud en francas adhesiones.

[RECUERDAN A RICHEPIN]

Recuerdan a Richepin
Tus negros ojos de Harqué
y a Estefane Mallarmé
ebrio de ajenjo y de splin.

Laponias de Hig-garaté;
sueños de Wilde y Pzelin:
hielos de Phoka y Krelin
para Edgar Poe y Therié.

En ellos canta su nuncio
Luggio Pirado y D'Annunzio
Jean Moreas y Breneguel;

Verlaine atrae a Darío
para ofrecerle el sombrío
poema de Baudelaire.

[NO SÉ EN QUÉ LEYENDA HIPOLENA]

No sé en qué leyenda hipolena
de Ziván, el Rey de Dackel,
o en qué poema de Ankel
vi tu silueta agarena.

Génova... Thenza o Diomena
en noches del Penikel,
brillan como un Darikel
en tus pupilas de Himena.

Dice tu claro perfil
de dulcamara de Okil
que llegas de tierra extraña,

pues se reflejan tranquilas
auroras de Hopaledaña
en tus azules pupilas.

[MELÓMANA ZAGARENA]

Melómana zagarena
de un declinante obligado,
fino esitrión del “Cossado”
en arpas de Micarema...

Signa tu boca un poema
de Gluck el endemoniado,
y tu garganta es un kado
de Liszt en su Opademena.

Narcótica ibelemita
Satzuma de la infinita
neumasika de Krelin,

tus ojos negros y amisos
son como dos paraísos
de neurastenia y de splin.

[ÁNFORAS REBOSANTES DE BRAKOJOS]

Ánforas rebosantes de brakojos
y chanzas novalieses de Biskoda
toisones de Opomenia visigoda
en lauda neurastenia de Kantojos...

Así, como arambeles de Izagoda,
llenos de Kolh y zodiacales pojos
atipla la izokenia de tus ojos
como una negra "Squithia" zarpigoda.

No sé qué hiperosimia de ventiscos
ofician en la curva de sus discos
ásperos aleluyas siderales;

y en la aponia de tus ojos grises
adormece Libenio sus deslices
entre zambos y lirios zodiacales.

[ATREVE UN CLAROSCURO LA IDEALISTA]

Atreve un claroscuro la idealista
visión ultravioleta de tus ojos;
Laponias de Ukralen en los narkojos
de un Zurema brumoso y fatalista.

Avivan su nirvana panteísta
en noches de Agareba y de Katojos
y auguran en sus lúbricos antojos
vértigos de draskan y de Agarista.

Te atisba con recelo la más bella
Hezubria de Pignon: Estrella
que en el cielo te obsede como hermana.

Oh... tú, mi Pokemont, Sidérea,
que hieres y envenenas con la etérea
zuruya de tu mirada soberana.

[EN UN DESCUAJAMIENTO DE MAREA]

En un descuajamiento de marea
las aspas crepitantes del molino,
aullaban a lo lejos del camino
ahogando la aquiescencia de la aldea.

La tarde, como un Dakar de Malea
en fimbrias de koliapo mortecino,
sobre el raudo punzó del torbellino
trieló su neurastenia de Hipalea.

Amplia la faya de ondulante Kripo,
atipló incongruencias de Hidolipo
en lúgubre cortejo kodeliano;

y a lo lejos neurókada y exigua
rieló su hiperestesia yukiliano
el áulico toisón de hipadenigua.

[GLICERA DE UNA CÓLGUIDE ULTRA-HOZANA]

Glicera de una cólguide ultra-Hozana,
que en salobre impaciencia nukarema
atiple el metafísico poema
de woverant o Atropos de Higoliana.

Húmedas tus pupilas de Athalanta
al beso de los plectros vagabundos,
enervas la dureza de tu planta
como una Hokrope de lejanos mundos.

Sísifo te maldijo mientras tanto
en bizcorno de gactia con demiurza
impaciencia te dijo el leve canto
que te ofreció Zulema taumaturga.

Oh, pálida Distinias, ¿de qué brumosa
Auronir te escurriste fugitiva
y a qué Sicione torva y misteriosa
te acercarás hierática y furtiva?

¿Zoudiko te persigue? ¿Te enamora
Parvo el indolente? ¿O el zicario
Zileno te corteja, oh, soñadora
Sílfide capuctiosa de Himayario?

Vuelve en tu cólguide glicera peregrina
síntesis de Kapiar y Hunazomeda,
a mostrar tu belleza mortecina
en tus palacios de marfil y seda.

[HOSCO Y MEDITATIVO, BAJO EL HISKIÓN DE IKANA]

Hosco y meditativo, bajo el HiskiÓN de Ikana,
añorando aduneidas de Olathia Valkoneda,
auspició el palimpsesto de Strnnik Zaalonedá,
Gregorio Efimovitch, el gricha de Hip-polama.

Apodo Bazekori y Korkz de Orkaleda,
Chavrat o Rasputín, el lúbrico de Hilama,
sabio de Boka y Ringo, mujik de Zoledana
que ha conmovido a Rusia con su albio Parthakena.

Él aproveche alegre a Anne Byronvota
y forme con Maklalso la nipúdica Agaroba,
las creyentes desnudas, que entregan a Chandasa.

Hasta que Stepanoff, el Sátrapa cobarde,
le asesta seis disparos haciendo vano alarde
de su oscura alevosía mansalva y asesina.

[EN EL NIRVANA NOCTURNO]

En el nirvana nocturno
de una póstuma aquiescencia
anima su consecuencia
mi malandrín taciturno.

Lustra el Apión su coturno
mientras con blanca indulgencia
remilgue su penitencia
algún Hipolio de turno.

Konca en el copo pestonso
su epiléptico responso
áspero y tosco Muencín.

En tanto absorto y Morquila
observando su splin
la dulce malse de Asquila.

[EVORNA UNA GROTESCA PICALIA DE FUMENCIA]

Evorna una grotesca picalia de fumencia
entre ámbares rituales y aspérides furtivos,
ruterva adacadabra de anambios impretivos
en un negro crepúsculo de Gevia o de Florencia.

Y así, como una hilera de puntos suspensivos
llaneando el horizonte de fúlgida indulgencia,
atreven sus rambelas con rauda interferencia
los hierosolimítanos luceros pensativos.

Gruga obsede a Kanalia, anerma su crolampo
desde su abracadabra litúrgico Melampo
que trasciende a Calipso en rútila Himakea.

Y en tanto Glión respenga su breve cordomiso,
se abre corno un sonoro y etéreo paraíso
el rojo apocalipsis de Kubra y Casiopea.

[EN MEDIO A LA MALEZA QUE ANEIMA LA INSENSATA]

En medio a la maleza que aneima la insensata
y lúgubre ventisca que circunda la aldea,
la cual en soporífera neurastenia chispea
con un acre zic-zac de Uklemenia barata.

Nimba su siesta el attopo: respinga su maren
Zanko que precipita sulfúrica y beata
su mano Capitania, que hace brotar la grata
hierosolimitana Ahalan de Galilea.

El viento todo en piedra acecha la furtiva
y soñadora Prócris a Céfalo que invoca
tendido sobre el césped a Auro fugitiva.

De súbito rechiflan con impasible angustia
gritos de la Ooncello que se retuerce loca,
herida gravemente sobre la alfombra mustia.

[EN RAMBÁN ETRUSCO DE AZAMBICA IRANEA]

En Rambán etrusco de azambica iranea
frente al projulio egregio de Kámbido “el austero”,
con narga hipolitagia de diaposi agorero
medita en ono otonomo el sabio de Huranea.

El cuente taumaturgo el diaposi altanero
que aneima la dichosa Malieskua de la Aldea,
y rueda en su memoria como un rosario entero,
el famio de los siglos que atipla su Eukolea.

Prymakyo de Melampo, que en Akidán enago,
afimbia en hiesoda ratimba del milagro
que de Cástor y Pólux enfega la Hispania.

Dios de la Benedezcia la multitud lo aclama
y tiende sabiamente desde Hipokan a Hitia
entre un collar de pueblos el puente de su fama.

[REMILGA SU IMPERICIA DE TORVA SOÑOLIENTA]

Remilga su impericia de torva soñolienta
en ampodos mikarios de frágiles canibos:
la torva hiperestesia que frange la violenta
narcosis taumaturga de hikrenios sensitivos.

Y a la romesia infrija el acre maledenta,
que aneima los vestigios de obanios fugitivos
atisba su ponemia de Roleda irredenta
la turbia abracadabra de omalidos cautivos.

Porque la gracia fácil de Otumbo phalederro
como áulico imetismo de Atrombir nazareno,
pahumó la hiperestesia remanta de Heponelia.

Mientras sobre el anumio de antojos puderiscos
la Gumbia podenigia de Máuka Akroponelia
demiurza el apotismo brakenio del lentisco.

MANUEL CABRAL

En el torvo rezongo del bullicio igoletta
aneimado de absintio y de kolk gompalea
cruza como un getico y flamenco gonea
egregio y taumaturgo como un hipadoneta.

Vaticanos de ensueños. Su ivanión de poeta
única, como el Duapo de himacrea
sintetiza su “Emilgo” en krosper de hilea
hacia un futuro mago de krosper grimaleta.

Así Manuel Cabral. Obelisco de hiponia,
cruza la pantagruélica visionaria laponia
buscando las Diotimas que sufre la ogarema.

Blanco de hiperestesia su entelequio se inicia
haciendo pleno día sin pakua ni impericia
la altiva independencia de su áulico poema.

[UN OBLIGADO CONFUSO]

Un obligado confuso
en ritmo de inclinación,
brota de tu diapasón
como un Krokette difuso.

Ágil recorre la jama
tu manecita icamara
y atipla música clara
del alma del pentagrama.

Miusme de lejano Okaza
tu pie de figulia akrina
es una blanca Ortamina
hierática de Himicaya.

Volatinera y audaz
como una acróbata inquila,
eres como una boquilla
histérica y perspicaz.

[TIENES LOS OJOS DE ARCUZA]

Tienes los ojos de Arcuza
hechos de Agloma y carbón,
y eres la fascinación
del príncipe de Karussa.

Adrkat tu boca roja
blanca garganta de Abril
ojeras de opaneril
con breves toques de Atoja.

Miraculosa Miñón
histérica Higodelinne
Márgara de Ycranine
en raudo Decameron.

Reyna drónica de Ycrea
princesa de Hipaglaman
emperatriz de Traskan
en plitopene de Goea.

Santo Domingo

VERSOS VHEDRINHISTAS

¡Oh! la fatiga, inaguantable de los libros
de Ciencia...

—el tedio de las teorías
—los problemas inútiles
—las fórmulas...

Beccaria

Dalloz

Repertorie

Boitard

Una mermelada híbrida de doctrinas confusas,
nomenclatura ófrica de postulados imbéciles:

¿Qué es el crimen?

Premeditación,
asechanza,
elemento injusto.

¿A qué se llama gravidez?

¿Cuándo una pena es infamante?

Y dentro de este laberinto de lánguidas inopias
surgen como la eficacia de una aprobación:

Ferri,

Garófalo,

Lombroso,

páginas del Código Penal;

veinte años de trabajos forzados;

o bien:

Artículo 22-46-1208... infinis;

Orden Ejecutiva 664

absuelto por insuficiencia de pruebas.

¡Oh! la poesía musical de los jueces serenos
la acusación:

el Ministerio Público;
y pensar que Nervo no sabía versos jurídicos;
Rubén Darío tampoco;
y
que Moreno Jimenes no los sabrá jamás...
¡Oh! la fatiga inaguantable de los libros
de ciencia...
¿en dónde están
el campo,
el sol,
la luna,
las estrellas?...
Allá muy adentro, en el alma
de los hombres que no saben condenar...

BER-BELISMO

Señor:

ya yo lo sé todo: ... soy un sabio;

anoche vi la luna...

me monté en automóvil y salí por la ciudad:

¿Y a qué hora viniste?

No recuerdo... mi reloj marcaba la de prima;

¿Ves?...

Eres un imbécil;

te has olvidado de que no has vuelto todavía.

LA LECCIÓN DE BUTÍ

A la dulce Ivonne

La lindísima Butí, una adorable muñequita rubia; una preciosa concha de marfil rosado, me dijo con la dulzura enternecedora de su acento encantador... yo quiero aprender el español.

Tu idioma es dulce como una música armoniosa, dulce como la canción perfumada del río, y yo sería muy feliz si pudiera hablarlo como tú.

Nada más fácil, lindísima Butí; encantadora muñequita de nácar; y puesto que tus frágiles caprichos son mandamientos para mí empezaremos la tarea cuando quieras...

Pero he de advertirte que debo de ponerte una sola condición.

—¿Cuál?...

Empezaremos por conocer primero todas las partes del cuerpo, así: ojos, mejillas, pestañas, boca, mano, labios, etc. Yo te iré diciendo su equivalencia en francés, y para evitar que se te olvide te daré un beso en cada una de las partes que te vaya diciendo.

Butí vaciló un momento, y como suspensa de un suspiro murmuró:

—Está bien.

Y la cátedra empezó.

Yeux, (aquí un beso) se dice ojo; joue (y aquí otro beso) se dice mejilla; labio, lèvres; pestañas, cils; boca, bouche; mano, mano, mains, y así sucesivamente la lección finalizó.

Para amenizar un tanto la clase, y quitarle ese velo de tedio pesado y fatigoso, yo recitaba en español todos los madrigales preciosos y sonoros que los poetas han cantado a sus novias en las ansias caprichosas de sus novelorías románticas.

Butí me escuchaba atentamente queriendo con su curiosidad de mujer penetrar en el alma de esos versos hermosos en que brota como una flor de angustia el espíritu apasionado del poeta que sintió abrasarse durante el fuego de la pasión, atado el corazón al más encendido de los entusiasmos.

Butí, sin embargo, ha hecho maravillas; su voz armoniosa sabe decir ya con franca claridad todo lo necesario para el comercio de la vida.

Pero hay un vocablo, un solo vocablo, un mísero vocablo que la pobre Butí no puede pronunciar jamás...

Por nada de este mundo mi encantadora discípula, mi muñequita frágil, puede retener la palabra boca.

Y lo que es más aún, todos los días con una elegante y refinada coquetería picaresca me hace la misma pregunta.

—¿Comment s'appelle cela?... y con su dedo pequeño blanco como un jazmín, me enseña su linda boca roja olorosa a naranja y caliente como el sol...

LA BEBEDORA DE MORFINA

Aquella boca tan linda había sangrado ya muchas veces a fuerza de tanto reír; ... esa noche la he encontrado muy triste; he tratado de consolarla pronunciando a su oído frases enternecedoras, y la he requebrado cariñosamente para que anduviéramos junto a la orilla del mar, blanqueado de luna... Ella ha levantado hasta mí sus ojos tímidos, me ha mirado con recelos de pájaros ariscos, y dejando gotear una sonrisa se ha resignado a mi invitación... Asida a mi brazo, mirando a todas partes como temerosa de que alguien la viera, se ha detenido un momento para hacerme a la orilla del mar el relato lamentable de su amor... Me ha dicho muy quedo, en silencio, casi gimiendo, frases, frases amargas, versos frívolos y superficiales, que la hizo el artista que la amó.

Y luego, como para despertar en mí el recuerdo de sensaciones tanto tiempo adormecidas, me ha declarado con suave indiscreción el misterio de su vida revelada, dulcemente por las gracias de su único placer.

—Bebo morfina, me ha dicho, mucha morfina, morfina perfumada con gotas de éter que me provocan una infinita sensación... morfina para sentir el encanto de las visiones lejanas; el deleite de las agonías; yo he vivido un paraíso de beatitud junto a princesas sagradas. He tenido en mi frente diademas rutilantes ofrecidas por Hadas Bordadoras, he dormido largamente sobre albo lecho de espuma arrullada por arpas adormecedoras, y he sentido la canción acompañada de un ángel tutelar que ha logrado poner entre mis manos el dorado vellón de su melena sonrosada.

Bebo morfina para sentir la suavidad de los desmayos, para olvidar las crueldades del dolor, y gusto de perfumarla con éter para gozar el deleite de sensaciones inefables... Yo la he escuchado absorto, abismado ante aquel relato conmovedor, y ella aún, queriendo con los ojos desorbitados tragarse todo el mar, ha terminado por decirme que la lleve versos, que la lleve flores; versos y flores que le produzcan sensación. Yo entonces he prometido llevárselos... Aquella muchacha flaca como si hubiera adivinado mi emoción, hundiendo la mirada en la pesadilla del narcótico, se ha separado sin decirme

adiós, perdiéndose a lo lejos como un espectro terrible que estuviese condenado a no volver.

Hoy la he vuelto a ver; pero ya aletargada en una cama del hospital. Me ha conocido, su memoria conserva aún las remembranzas de aquella noche inolvidable, y me ha llamado con apagada voz, obligándome a sentarme junto a ella para pedirme sus versos y flores. Yo no he podido resistir y tendiendo mi mano para enjugar su rostro sudoroso, la he oído pronunciar mi nombre, luego se ha deshojado en lágrimas, yo también para complacerla he sentido anhelos de llorar.

Aquella muchacha flaca, de la boca tan linda, es llamada, en el hospital, “La Bebedora de Morfina”.

EL POEMA DE LA TARDE ERRANTE

A Lhenée, cuyos negros ojos tienen

el amargo color de la Indiferencia.

Ivette Gilbert. —Ahora, la tarde se va muy pálida como un dolor a la sombra infinita donde cantan las empalidecidas estrellas—. Así, la poesía magnífica y engañadora que trina en el arco de los violines celestes sacude con desesperada inquietud, en mi corazón de viajero perdido, las últimas cenizas de un ensueño disperso; ... el rumor enloquecido de una música lenta y desterrada; —y mi alma se va por el color del espacio como un perfume errante; como el recuerdo de una alegría demasiado leve; así, como una gota de olvido aleteando en el crepúsculo, como una golondrina que trajese en las alas la canción empolvada de la blanca y perfumada distancia...

Sí, Ivette; he aquí cómo de nuevo resucita en mi corazón apagado por el polvo de todos los dolores el recuerdo de aquella blanca noche de diciembre, cuando al amor de la renuncia como una eterna poesía, me enseñaste con tus ojos de almendra doloridos de auroras la belleza de todo lo que pasa; de todo lo que pudo haber sido y no fue jamás... Así, tú eras entonces en aquella hora de calma empiadada de estrellas, la adormecida que abrió los ojos para ver morir el sol allá en la distancia roja como el jugo de las granadas de estío; — así, alta y pálida como una flor; con tu melena oscura como una nube de humo; con tu garganta nueva como una primavera— tenue y sutil como un velo prendido en el color del aire distante, buscando en el sentido del dolor el sentimiento de la humana poesía...!

Te dije: —Recuerdo—; alejado del rumor de la vida, y encerrado para siempre en el silencio de las grandes soledades; —te dije—, tú serás el refugio de mi último destierro; la verdadera luz de mi sombra; el sufrimiento eterno que me levante el corazón como una plegaria para hacerme cantar con toda la embriaguez la canción de la juventud y de la vida; doblando mi frente como un monje sobre la dura y fría piedra del camino, para sentir nacer, allá, en el

recinto muy sutil, la sublime Belleza de la magnífica Consagración de Dios.

Yo entonces en aquella tarde fui un verdadero poeta; sí, Ivette, un poeta que solo cantaba el color crudo de tu melena errante, cuando la noche la vestía con el aliento de todas las violetas; —poeta que sentía en su corazón de viajero la viva llama del amor celestial, y cuya poesía única se convertía en el aliento de un rumor; ... de un rumor... de un rumor... cuando veía como una flor en mi camino la sombra de tus ojos allá en el alma, extraviada en el peligro de las dulces alegrías sutiles.

Ivette Gilbert: —el recuerdo de aquella blanca y perfumada tarde de diciembre despierta ahora en mi corazón una nostalgia infinita; el recuerdo de tus ojos fríos como la plata, bellos como la crueldad; el aliento de tu boca fresca como el perfume de la primavera, así, algo como el rumor lejano de un ensueño perdido; una sombra vaga, la tristeza de una pasión que terminó...

Así, Ivette, ahora palpita muy débil mi corazón...!

ando llegó a empapar su espíritu grandilocuente, repleto de armoniosas cláusulas insuperables, en el maremágnun de los problemas más trascendentales que afectan directamente la vida social del Continente; cuando

APÉNDICE

TESINA UNIVERSITARIA¹

CAP. I

“Renovarse, transformarse, rehacerse” para [...]² con absoluta seriedad el sistema de vida que [...] las sombras del olvido, la veleidosa voluptuosidad de las frivolidades humanas, he ahí en breve síntesis la suprema concepción mental que, movida a impulsos de una generosa asociación de ideas y de un hondo sentido filosófico, vibra con el ardoroso y cálido entusiasmo de un himno purificador en el espíritu glorioso del Maestro, que en una tarde apacible, bajo la serena y transparente beatitud de un hermoso crepúsculo otoñal, pone en boca de Ariel, en reverente postración, frente a la grandeza melancólica del viejo Próspero, para que sea transmitida, para que sea infiltrada, *mot á mot*, como el más sublime y conmovedor de los mensajes en el corazón de cada uno de los pueblos que sienten con intensa fruición la vibradora palpitación que despierta el ideal fecundo de la más rigurosa tradición hispana.

Al mencionar a Ariel, invoco necesariamente el nombre del Maestro; del consagrado y taumaturgo apóstol del idealismo Hispano-Americano; del más decidido batallador de todos cuantos han derramado su espíritu en la inimitable y armoniosa lengua de Lope y de Fray Luis, anhelante de imprimir un sello de renovación en el Arte y en la vida de los pueblos de una misma comparenia.

Invoco a José Enrique Rodó, el pensador, el Ruskin americano, argonauta que surcó en galeras mentales los mares cuajados de visiones y de horizontes imposibles, trasponiendo innumerables derroteros en su tenaz afán de repartir su prédica constante para ir luego a caer en la Ciudad Eterna, en la ciudad de los Césares y las siete Colinas cuando precisamente se preparaba a emprender su campaña definitiva tomando como vértice de iniciación el corazón de la patria de Augusto y de Tiberio.

Consagrado con inusitado interés desde muy temprano al estudio de los problemas sociales, y los sistemas y regímenes políticos establecidos en América, a ello dedicó todas sus energías y la vigorosa potencialidad de su

entusiasmo juvenil, no tardando en conocer la causa de sus males ambientes, para los cuales Ariel es la profilaxis y la curación. Inspirado en el reformismo de Merclain; y conociendo antemano que para pasar del aborigen a la perfección es necesario muchos siglos de lucha, se esforzó con ahínco y resuelta abnegación por establecer un método de reforma social que pudiera en corto tiempo si no realizar de una manera efectiva, por lo menos iniciar la remodelación del alma pávida de la colectividad a impulsos de una fuerte voluntad pedagógica que arranque ese marasmo letargoso de las masas tumultuarias inculcando de una manera correlativa y omnilateral el derecho del hombre y el deber del ciudadano.

Esa es la concreción significativa del apostolado laico de Rodó. Caballero del ideal, ajeno a las trágicas torturas del señuelo; con la inflexible tenacidad de su optimismo preservador; sin doblegar la frente, superior a todo abatimiento; sordo a la cálida y entibiada emanación del halago y de la simpatía, ascendió [...] yasnai, los peldaños de la escalinata ajena; regó [...] pureza y del bien a lo largo de todos los caminos [...] afán de despertar la conciencia de la multitud al clamoroso llamamiento del fuego solidario del Deber cruzó como un predestinado del Ideal plantando su tienda bajo cualquier cielo, en cualquier lugar, tornándose ciudadano universal para predicar a los treinta y dos vientos el dogmatismo de su evangelio reformador.

Inspirado el pensador, el guía de almas en romper con el pico formidable del ideal las capas petrificadas de nuestro prehistórico subsuelo, aspira a hacer la renovación de los surcos viejos para plantar la simiente de una vida nueva a fin de obtener el resultado de flores nuevas y de frutos nuevos. Rodó sabe firmemente que sangre ilustre de soñadores corre a torrentes por nuestras venas; pero que allá dentro de los dominios poderosos de Calibán, Mercurio tiene las alas en los pies y aspira y lucha por el entronizamiento de la mediocridad que no conoce de belleza en la vida ni en el Arte. Sabe Rodó, que así como en la Ciencia, las leyes y los principios de mecánica han hecho posibles los inventos en el industrialismo moderno, democratizando la humanidad y nivelando los hogares en igualdad de proporciones, ha despertado en el hombre ese sentimiento aurívoro libertando procaces ambiciones y siniestros apetitos para hacer materiales los afectos, vender las ideas, cotizar el sentimentalismo y quebrantarle las alas al espíritu.

Sabe también que la incipiente autocracia del dólar, hija legítima del

mercurialismo moderno, desdeña amargamente al lirismo y a la inteligencia, rompiendo con el férreo tacón de sus botas el prisma tornasolado de la Estética. Todo eso lo sabe Rodó; sabe el porvenir de la América Latina; sabe qué espesas nubes de siniestra negrura amenazan con desaparecer la radiante fulguración de su cielo impecable; que inmensas ráfagas se acercan con bridos de aquilon [sic]; que la lucha será gigantesca y el embate decisivo porque en su invocación a Ariel, desde la cúspide escarpada de un remoto Athasy, le habla como a un nuevo David la voz profética anunciando el lugar que ha predestinado el porvenir para los pueblos hispánicos.

Cierto que los pueblos de América, no obstante haber tenido su momento de duda hamléctica; su abatimiento y sudor de sangre en la agonía redentora de Gethsemaní: de haber soportado con resuelta abnegación el bárbaro sacrificio que los indujo a ser fácil plasmó maleable a todo género de expoliación, han condensado “en un siglo de vida varios siglos de historia” y gracias a la remodelación colectiva que ha efectuado con vertiginosa rapidez la civilización, la paradoja de su conturbado espíritu se abre hoy al porvenir, como una rosa de aurora en su horizonte de luminosas perspectivas.

CAP. II

A las sangrientas guerras de la independencia; a la homérica gesta de la emancipación que bautizó con sangre todo un continente, a las revoluciones internas que han culminado con el predominio del despotismo; con la centralización imperativa del poder; con el reaccionismo de la barbarie; con el absolutismo del caudillaje bastardo, que han excrepado la anarquía histórica del gobernante; dislocado la garantía económica y la fuerza social; relajado la potencia jurídica execrando el principio de toda soberanía, han seguido el desarrollo de unánimes corrientes de ideas patentizadas en el esfuerzo de un desenvolvimiento común, despertando al toque de la civilización las latentes aptitudes de pueblos vigorosos y compactos estimulados por el aliento vivificante de la juventud.

No embargante de poseer un ambiente viscoso y enfermizo, como hace observar el erudito sociólogo colombiano Camacho Roldán; de tener en su seno un notable desequilibrio psicológico que retarda de una manera considerable su evolución ascensional, según afirma Constancio Vigil, en identidad de parecer con el ilustre y eximio doctor Ricardo Becerra, y lo que

es más aun, la circunstancia especial —que es más perjudicial que toda posible enfermedad— de no haber pasado aún de la edad de las generaciones sacrificadas, según la minuciosa observación del excelentísimo y sabio poeta belga Maurice Maeterlink, los pueblos de América han adquirido, a pesar de toda esta suerte de contradicciones pesimistas, un elevado tipo de progreso en un período de tiempo relativamente estrecho; quizá si por el legado augusto de la Raza, por la fuerte vinculación de ideas y propósitos dignos y generosos, o si por la arraigada convivencia espiritual que les obliga a mantenerse con cierta hegemónica superioridad en los dominios de la cultura.

Afirma Leovald Calston, el sabio y laureado profesor de la Universidad de Tubinga, en su reciente libro *Las enfermedades sociales*, que en la mayoría de los pueblos de América predomina todavía “una absurda orgía de frivolidades”; este criterio del distinguido profesor parece ser inspirado por cierto soplo de rancia y áspera ironía y pudiera aceptarlo un Dimitry Kirillo o un Juan Bautista Leozán cuyas mentalidades hurañas y enfermizas, en armónico consorcio con Calston, parecen ser fáciles al pasmo por el deslumbramiento de la riqueza cegadora. “Si hay pueblos que no conocen fronteras en su ambición de prosperidad, dice el elocuentísimo escritor José Melchor Hidalgo, son indiscutiblemente los pueblos de América”. En los pueblos de América está el porvenir de la humanidad, dijo el canónigo Emilie Berscier en la conferencia religiosa que se llevó a efecto en los salones del Hotty-Bay de Trusska, el día 5 de octubre de 1926. Pero es, sin duda, porque en los pueblos de América se aviva cada vez más, con inaudita fuerza creciente, ese recóndito sentimiento de curiosidad, ese fervor verdaderamente místico y excepcional por el resplandecimiento de la Inteligencia, y ese natural y vivaz entusiasmo que escala límites de religión por el mantenimiento del “Ideal”.

No cabe duda alguna que el ideal de América, hoy por hoy, no es otro que un ideal eminentemente concentrativo de purificación y de transformación en la vida que realiza su organismo interno. La razón no es muy difícil de encontrarla y sería tanto más fácil si nos damos a la tarea de estudiar el desenvolvimiento político, religioso, histórico y social de los pueblos, desde los días inmediatamente posteriores a la guerra de la Independencia, en que una vigorosa y nutrida corriente intelectual de principios y postulados brotados a raíz de la implantación del dogmatismo laico, que derribó con hercúlea potencia el pragmatismo imperante del catolicismo conservador, ha

ido tomando, como afianzado por el acopio de una voluntad superior, la magnífica concreción que ha impreso la huella de su característica remodelación en el sistema de la Filosofía, y en las teorías más o menos acertadas de la Literatura y la Política.

Jean Jacob Rousseau, el potente filósofo ginebrino, y los enciclopedistas como que ponen en excitante vibración el resorte espiritual de los iniciadores del movimiento revolucionario; el tipo de Carmillot, de Condillac y de Trancy influyen poderosamente en los intelectuales de la guerra; el sensualismo de Calvay de O'Golney, en perfecto acuerdo con el utilitarismo de Mordock y el tramanismo de Rubeyro Di Cappa, abren espléndidos y dilatados horizontes; inspiran gritos que repercuten en todo el ambiente calcinado, y el eco general encuentra cordial y simpática acogida en la juventud universitaria de Lima, de Quito y de Guayaquil, yendo a remover a Ocampo y Martínez Lelán en las estremecidas llanuras de Triscoth, que en aquella gesta prócera y gloriosa se adelantan a la Humanidad como admirables actores del Destino. A las ideas de Figueiro y de Beccaria, al iniciamiento en el estudio de la verdadera filosofía cartesiana, que integra el hondo conocimiento de Bacon, de Filanghieri y del mismo Lantremont, sigilosamente introducidas a las carcomidas aulas de anquilosado tipo salmantino, impulsan a las masas a la reacción contra la disociadora ignorancia común, sobre todo aquellos que, como Ríos en Buenos Aires, Bogas y López, en Chile, García Pareja y Rocafuerte, en el Ecuador, Guzmán y Oquijo en Bogotá, tenían el instinto de la organización y a su robusta y ágil labor administrativa aunaban una fuerte lectura de los utilitaristas ingleses, en el tipo de White y Mercherck, como para cimentar sobre fuertes moles graníticas las columnas inmóviles de su Misión.

El liberalismo de Goldshaut y el doctrinarismo de Rizoth luchan de una manera formidable; vencen obstáculos al parecer inaccesibles y se imponen a su vez de una manera imperativa en los remotos y oscuros confines de todo el continente, como fácilmente se verá luego en Méjico, no muy tardío, al propio tiempo que en Colombia, representados por Rojas y Bilvao, no sin tener una perfecta connivencia con Tavárez y Vicuña. El positivismo y el gelisismo/legítimo contoniano y la profunda filosofía de Spencer aprovechan la oportunidad y gravan una nueva y significativa orientación a los espíritus que coinciden de una manera terminante en todo el continente, con el principio de reacción que inicia con resonancia feliz el radicalismo utópico

del 48, como el único *non possumos* que proyectaba el formidable realismo de su enérgica voluntad imperativa. Así, como las embravecidas olas en el vertiginoso desbordamiento de su precipitada inundación, rompen cuantos diques y valladas se oponen al ímpetu arrebatador de su pasar, y más acrecentarán su furia cuanto mayores y más resistentes son los obstáculos que encuentran, sembrando por doquiera el asombro aterrador de la desolación y de la muerte; así, de la misma manera, la irrupción atronadora de todo un continente joven y potente que siente palpitar en el corazón de sus montañas; contar en el bullente susurro de sus ríos; trepitar en las tormentas con hórrido pavor el aliento de la Emancipación y de la Libertad, cae un día sobre las huestes enervadas de la Madre Patria; la que fue Señora y Dueña del Mundo y parió hijos que sobrepujaron en acometida y en valor la templanza mitológica de los Perseos de la fábula no permitiendo ni siquiera que en sus dominios se pusiese el sol; cae, repito, con tanta fe, con tan denodado arrojo, como que estaba inspirado en el más sagrado de los Deberes y prontamente se ve rodando por el lodo, en su orgullosa representación, el luminoso Trono desde cuyo fondo contemplaron atónitos los siglos el advenimiento del Cid; las proezas inauditas del ínclito Manchego; el arrojo de Felipe IV y de Carlos Bicoló de Borbón; la osadía de Luis Capeto; el desfile conmovedor de los Tercios que ilustraron las gestas de Bilba y San Quintín; el temple heroico de Alfonso V, el taumaturgo, la apostura egregia del acorralado de Mandes; el perfil castellano de Bavardo; la agonía retorcedora de los mártires y poetas de Verona y de Bailén; el brillo antopsido de las lanzas gloriosísimas que devastaron el imperialismo de Karmona; y el sable omnipotente y vengador del caballero Duque León que deslumbró como un acero de Florencia más allá de los horizontes asiáticos, cuando pensaban levantarse los Emperadores de la tierra Celeste, en la Kaue Tartaria, secundados por el valeroso Bippelén que cayó en Anzzaquita como un chacal de Numa regando con el borboteo de su sangre el sitio donde un día se levantaron sudorosas y abatidas después de la jornada de Kalibes, las valientes guerrillas de Farnón que anhelaba plantar antes que el mórkido Papilio su bandera de victorioso capitán por sobre las frías y tornasoladas nieves de los agrestes Pirineos. Todo aquel monumento, toda aquella obra que la tenacidad y la paciencia españolas habían logrado levantar a expensas de inauditos sacrificios y cruentísimos tormentos, desde el día en que las corrientes emigratorias de castellanos, vascos, extremeños y andaluces poblaron los estuarios del Plata y las radas fulminenses,

despertando, al tomar posesión del suelo nativo, el aletargado aborigen de Kauppelis y del gran Caupulicán, cayó conmoviendo el Universo con el estrépito de su fatal caída, como si la fuerza de una oculta y misteriosa mano portentosa hubiese efectuado de un solo impulso aquel Cabélico y apocalíptico derrumbamiento. Y la torre que atestiguaba a la posteridad estremecida de heroísmo legendario de aquella España quattrocentista, repleta de tribunos viriles y de rotundos imperators; que había organizado con Justicia y Equidad las 39 leyes de Judías, glosario inseparable del Gallardo Rey, émulo de Arcipreste y de Juan de Kanes; reformados los Estatutos Olegarnicos, intencionalmente violados por Portugal en su fingida y ridícula empresa naval, contra el vethismo británico y la República de Génova, que decidió al fin el Justo laudo de Clemente VIII el cristianísimo papa de Kulturkampf, toda aquella torre cayó en un momento de memorable recordación histórica; pues la madre amantísima, que tenía seco el seno a fuerza de alimentar tantos hijos con la misma leche, era víctima de fuertes embestidas que ejecutaban inmisericordes las naciones de Europa a quienes la prosperidad y la florescencia de la España Augusta había hecho germinar en las profundidades de su corazón la simiente diabólica del egoísmo y la zizaña pecaminosa de la envidia.

Pero, ¿bastó realmente aquel desplome estruendoso; aquella caída colosal provocada por el movimiento libertario de pueblos que habían llegado en su decurso biológico por su evolución social a la adquisición de sus poderes y por su estructura jurídica al irrestrictivo derecho de emancipación; para que cayera también, conjuntamente, el ideal de civilización; la comunidad de origen, la afinidad de caracteres, de costumbres, y, sobre todo, el paralelismo histórico, que había implantado como trofeo de grandeza, como un símbolo tradicional, la España inmensamente grande, en el corazón de los pueblos del quinto Continente? El espíritu de la Madre latía con calor en cada uno de sus hijos. Tan magnífica y espléndida era aquella civilización; tan glorioso y digno era el ideal que la mantenía, que pasada la furiosa tempestad sus destrozados restos han servido de modelo, de norma segura y ejemplarizadora en el fundente reconstructivo de las instituciones contemporáneas. Los pueblos americanos se encontraban en el tiempo más adelante de la hora patogénica. Era necesario el reaccionismo. No de improviso, sin embargo, se extingue en una nación o en un conglomerado la antorcha vivificante de la cultura que ha iluminado su período de apogeo, ni de un solo golpe desaparecen los

esplendores de una civilización que ha prevalecido, influyendo poderosamente como un agente primordial en el desarrollo de sus latentes aptitudes. El dolor también posee la maravillosa virtud de soplar sobre la vana frivolidad de toda cosa humana, refrenando el ímpetu colérico y oprimiendo la subversión para asentar el alma sobre la absoluta miseria del hombre, para que, cual un Skoth taciturno, medite acerca del impromovible grillete que para sí misma forja la tremenda naturaleza, y raiga su “podre” sigilosamente, como único deber de autoclemencia.

Un escritor contemporáneo, que más que un escritor es un consagrado apóstol del idealismo Hispano-Americano, el erudito y bien documentado profesor Samuel Guy Inman, en un vibrante y ardoroso estudio sobre el porvenir de Hispano-América, publicado muy recientemente en la revista *Nouveau Democrate*, ha dicho con mucha propiedad que: “Así como el período de desarrollo más asombroso del siglo XIX, tuvo su origen en Norteamérica, los acontecimientos más estupendos del siglo XX se desarrollarán en el escenario de Hispano-América”. Cuatro razones importantísimas y fehacientes aduce el distinguido escritor como fundamento preciso de su tesis:

- A) Hay allí campo suficiente para el exceso de población en el mundo;
- B) Hay poder para producir el alimento, y materias primas para el mundo;
- C) Estas tierras suministran grandes mercados para las industrias del mundo;
- D) Poseen un grupo asombroso de adalides intelectuales.

Como se ve, estas razones expuestas por el sabio profesor Inman son razones incontrovertibles; razones tan efectivas en el caso que a la más clara inteligencia no admiten ni siquiera la más leve discusión.

¡Hispano-Americanismo...! Elegía trascendental y sagrada que pone a vibrar el corazón con los temblores bíblicos de un arpa davídica, resucitando el glorioso poema que fecundó la Epopeya de la Raza... Hispano-Americanismo, es el abrazo fecundo, la vigorosa potencialidad de unificación que pone acorde en rítmica palpitación el sentimiento tradicional de un reguero de pueblos levantados bajo una misma égida; al amparo y protección de una misma sombra alentadora, y que llevan en sus venas la misma sangre roja y vivificante, en las almas las mismas pesadumbres, los mismos anhelos,

las mismas esperanzas; y en las testas heroicas y resplandecientes la huella de los mismos enormes sacrificios...!

Nadie mejor que el insigne apóstol uruguayo, el padre espiritual de las juventudes contemporáneas de América, el mago prodigioso, Taumaturgo de la Gran Cruzada contra el Imperio de los falsos valores... urdidumbre del problema hispanoamericano. De ahí, sus teorías sabias, sus fórmulas multiplicadas, sus principios, sistemas y postulados, conducentes a la positiva finalidad de realizar el problema, a base de una verdad indubitable, preconizada por el resplandor místico de su unción evangelizadora. Para España el Hispano-Americanismo es, en esencia, una cuestión que afecta más directamente y de una manera general el dinamismo de su vida interna, que cualquier otra cuestión de pura y significativa internacionalidad. Piensa Cortezza, y lo piensa con sobradísima razón, que la clave necesaria para resolver el problema del Hispano-Americanismo está en España, y que una vez hallada la clave, los demás pueblos solo necesitan aparte limitadas condiciones de pura interioridad poner en evidente acción de práctica enérgica y activa una fuerza superior, coercitiva, que sostenga sobre graníticos pedestales, en armonía perfecta con España, la rigurosa vitalidad de un equilibrio perdurable con esas sublimes concreciones del espíritu que se llaman Derecho, Justicia, Fraternidad y Tradición.

Yo creo firmemente con toda la potencialidad de mi espíritu que el Hispano-Americanismo, antes de ser la solución de un problema sujeto más o menos a interpretaciones de acomodo, es, dentro de la índole característica de su estructura interna, una inaplazable y tradicional necesidad histórica. España, en el hipomedonte de la conquista y la reforma, ha galopado desenfrenadamente por toda la Europa, aventando en su trompa secular el canto de la unificación y el himno apocalíptico de su vida. Se contempló a sí misma, como en el inmóvil y frío cristal de un Aqueronte maravilloso, en los brillantes y floridos campos de Flandes; en las rosadas y ondulantes praderas del Condado; en la inmortal Italia; en Venecia, la República cansada de horizontes; en Sicilia, la arrogante y desdeñosa; y en su ardoroso afán de edificar la conciencia universal sobre las bases de un depurado sentimiento moral, ha recorrido victoriosa, unas veces, abatida las otras, pero sin experimentar la dolorosa laxitud a que conduce el desmayo, todas las tierras del Universo, como si hubiese sido la predestinada por la Augusta voluntad del Omnipotente para impartir su cariñoso afecto a todas las naciones que

integran el planeta.

Américo Castro solo cree en el Hispano-Americanismo como una sencilla fórmula de “estímulo”; es decir, como un problema al cual no se le encontrará jamás la necesaria solución. Bien que parece olvidar, y es pena que se escape a una mentalidad contemporánea tan ilustre y representativa como la de Américo Castro, el recuerdo de que la América durante tres siglos consecutivos fue, sin la más leve sospecha, una segunda Iberia; podríamos decir: la prueba más fehaciente de ello es la costumbre, la lengua, la historia, la religión, sus instituciones políticas, sociales y económicas, y ese remarcado delineamiento que presta tintes de vitalidad a la característica esencial de su etnográfico perfil. Por eso la razón de que para que el extranjero pudiera dar sin objeción alguna el concurso de su producto material o mental, tenía que Hispano-Americanizarse previa y totalmente, como bien puede observarse en los Martrys del Sur, y en los Cochoros de las regiones árticas y meridionales.

Pero con todo y ello, el Hispano-Americanismo no es todavía en definitiva una realidad.

El renacimiento de nuestra triste y amortiguada vitalidad nos obliga de una manera imprescindible a despertar los intereses comunes que duermen como narcotizados en el fondo de la conciencia colectiva.

Es necesario pues despertar a los pueblos de América de ese atolondramiento soporífero en que yacen desde largo tiempo; pero despertarlo al grito glorioso y redentor del Hispano-Americanismo; que sea ese aliento de vigor, símbolo de fe, presagio de realizables y felices esperanzas y que a su mágico conjuro sea el ideal como antorcha encendida en los más remotos horizontes de la oscuridad.

Rodó el divino Maestro, el decidido precursor de esta formidable cruzada que se inicia cuando llegó a empapar su espíritu grandilocuente, repleto de armoniosas cláusulas insuperables, en el maremágnum de los problemas más trascendentales que afectan directamente la vida social del Continente; cuando adquirió por indecible prestidigitación el ojo vidente de que habla Carlyle, preconizó con eficacia de Biblia mahometana el peligro que encubre para los pueblos congéneres de Iberia, el monstruo horroroso de Calibán cuyos ojos desorbitadamente abiertos tienden su mirada inmóvil y fría hacia la magnífica esplendidez de los pueblos del Sur.

CAP. IV

¡El imperialismo norteamericano!... la implacable sombra amenazante; el espectro fatal que llena de espanto y turbación el alma y la vida de los pueblos pequeños. Pero esta amenaza, esta turbación, esta continua presión que efectúan de continuo los Estados Unidos del Norte, por el apoyo de su propia superioridad potencial; por el apoyo de su propia superioridad económica, sobre los demás pueblos gastados ya a causa de su edad, de su Psicología Común y de su sistema de vida, ¿no debe ser, realmente, el mayor de los estímulos, la condición *sine qua non* ejemplar y significativa para realizar con mayor interés la obra del Hispano-Americanismo, como el mejor afianzamiento y la más fuerte garantía, frente a las responsabilidades históricas de todos y de cada uno de los pueblos hispánicos, en el avatar evolutivo de su porvenir? Los Estados Unidos del Norte, que para otros países puede ser nada más que un sencillo y natural fenómeno de curiosidad, para nosotros hispanoamericanos, en la estrecha capacidad de vida política que contamos, debe ser, no otra cosa que la viviente realidad de un caso palpitante. Su pensamiento quedó expresado desde el mismo momento en que pasó a la Historia con general asombro aquel principio que, fuera de todo sentido constitucional e internacional para la comunidad jurídica de los pueblos, establece como canon de legislación el más absurdo y degenerado de los absolutismos: “América para los americanos”. Es decir, principio de hegemonía continental inclemente y arbitraria. Si desde entonces se hubiese luchado por encauzar el ideal de Hispano-Americanismo otorgándole una significación afirmativa en el desarrollo de la vida común, no cesando en ello un solo instante, como no han cesado jamás los Estados Unidos de trabajar con todos los recursos y los medios posibles, en cada etapa de su existencia por el sostenimiento de su ideal de superioridad imperativa, llegando para ello, como observa Román y el doctor Rogelio Rossas a implantar un régimen de forzada y autoritaria plutocracia, como puede verse en “The Higher Learning in America” de Veblenn, no se hubiera visto España acosada políticamente de América, su hija amantísima, como se vio en mala hora en las postrimerías del pasado siglo. No se hubiera visto Colombia atropellada, cercenado su territorio de Panamá para la apertura del Canal, por virtud del Tratado de Hay-Bunan-Varilla firmado en la Secretaría de Estado de Washington, en la mañana del día 18 de noviembre de 1903, mediante el cual,

a expensas de ulteriores Convenciones, los Estados Unidos pagaban a la República [de] Panamá la suma de diez millones de pesos de contado y doscientos cincuenta mil pesos anuales garantizando la independencia de la República; y en cambio esta le concedió a perpetuidad la ocupación, uso y control de una zona de terreno de diez millas de ancho, midiendo cinco millas a cada lado de la línea central del trazado del Canal. Este tratado a pesar de la rotunda y airada protesta del Senado de Colombia, y a pesar de la oposición de las Cancillerías consultadas, fue calificado y protocolado por el Departamento de lo Interior de Washington, el día 23 de febrero de 1904. No se hubiera visto, repito, consumado el atropello de Méjico; la sangrienta barbarie de Cuba colgada al cuello como una medalla de afrenta la antijurídica y ominosa Enmienda Platt que la despoja de las producciones de Calderas y Guantánamo; el imperdonable abuso en Costa Rica; el arruinamiento y la desolación de Guatemala; el injustificable asesinato de Haití; la cruenta y horrorosa devastación de Santo Domingo pretextando el incumplimiento de la Convención del 1907, y la garantía de los intereses americanos supuestamente amenazados por los conflictos internos del país; la piratería ridícula y baja en Nicaragua sujeta a la disposición antipatriótica del presidente Días y a la voluntad ejecutiva de Kellogg; y la forzada intromisión actual en el problema internacional que atañe a los territorios de Tacna y Arica, que tan profundamente está preocupando el espíritu jurídico de las Repúblicas continentales de Chile y el Perú. Esto para no hacer mención sino de las Repúblicas hispanas, que de otro modo pudiera significar entre otros el injustificable barbarismo cometido a toda crueldad en las tierras del Martir D'Beglión o en la patria del irreducto y recalcitrante Edmon de Valera.

El imperialismo norteamericano es injustificablemente la única amenaza que intimida con la realidad efectiva de su maravillosa y estupenda fuerza material el ánimo un tanto abatido por un extraño desdoblamiento mórbido de los pueblos ibéricos; sobre todo, cuando por acreencias u obligaciones económicas estipuladas por cláusulas de irrestrictiva conveniencia, como ha ocurrido recientemente en la República Dominicana por causa de la Convención antes citada, tienen la indeclinable obligación de corresponder a su primera exigencia, so pena de ser víctima de una prolongada intervención militar, o de perder su Soberanía Nacional, sin más causa legalmente justificativa que una disposición departamental amparada (omni later) por la majestad imperativa de la Fuerza.

¿Pero puede ser esto, acaso, obstáculo infranqueable para llegar a la positiva finalidad del ideal Hispano-Americano? Por el contrario. Necesariamente es de entenderse que antes de considerar la fuerza y la amenaza como obstáculo insuperable deben los pueblos hispánicos considerarlos más bien como un estímulo; porque apropiando la frase lapidaria de uno de los más representativos asertores hispanoamericanistas que lo es el erudito y reposado Dr. Melchor Curiel, “cuando los pueblos hispanoamericanos realicen, como han de realizar necesariamente, el ideal práctico de su acercamiento y unión, entonces sí ya podrán contar con una fuerza moral y material capaz de enfrentársele a cualquier potencia”. V. “Observaciones Hisp. Amer. Capit. VI Págs. 75-6”. El profesor Mecyer, distinguido sociólogo de Onké, en su libro “Las nuevas instituciones sociales y políticas de España” afirma también la necesidad del Hispano-Americanismo “como norma segura de tranquilidad y prosperidad en el porvenir”. Webberth Lubque “Los iberos y su lengua”, Orstnament Uber-Wiñiggy-Morel Fathio en su libro ejemplar “L’hispanisme dans Victor Hugo”, piensa que la realización del ideal hispano no solamente sería digno y glorioso para los pueblos iberos, sino que también aportaría un gran beneficio a Francia, dada la gran afinidad y la recíproca simpatía que por razones históricas existe entre los pueblos iberos y la noble Francia.

Escritores insignes, publicistas ilustres, notabilísimos pensadores, y toda una brillante y nutrida pléyade de intelectuales, han derrochado en todas las épocas inagotables caudales de energías por llegar al íntimo acercamiento y la convivencia espiritual de los pueblos hispanos; acercamiento y convivencia que puestos al servicio exclusivo de las ideas, del desarrollo de las ciencias morales y políticas, significa para esa cumbre portentosa en cuyo seno todas las manifestaciones del pensamiento hispanoamericano encontraron cordial y simpática acogida y constituyéndose como por derecho legítimo, a pesar de las contrariedades de su propia existencia, en un sacerdote de la solidaridad común, aventó el polvo de sus ideas lo mismo en Caracas que en Lima, en Bogotá, en Méjico, Buenos Aires y el Brasil, predicando el acercamiento recíproco y espontáneo, la edificación de la conciencia colectiva como el resultado único de las unidades parciales, llegando, en el afán de su glorioso cosmopolitismo ideal, a pensar que sobre los turbios y azordos horizontes del imperio del Caballero Monsalve, émulo en la rudeza bélica del ínclito Arzobispo de Vicán, brillaría de nuevo como una resurrección el magnífico y

glorioso Sol que jamás tuvo poniente. Hostos, el Herbert Spencer de la América Hispana a quien muy bien puede llamársele así, la inconmensurabilidad de su apostolado intelectual; por la magnitud de su edificio pedagógico, lejos de toda rancia y atormentada especulación filosófica y científica a quien la seguridad de la inducción y el acervo de las informaciones generales le llevó a establecer, como único medio de salvar el vórtice, el ineluctable dilema de “Civilización o Muerte” porque a las condiciones especiales del ser colectivo que determinan invariablemente la capacidad y organización jurídica de los Estados, corresponde correlativamente la aplicación inmediata de los poderes de Soberanía como norma segura de organizar la función ejecutiva-electoral. De ahí los términos de su dilema. De otra manera sobreviene la reacción del Estado contra la sociedad y todo cuanto fue conciencia pública, esfuerzo docente y lucha común cae de un solo golpe bajo los espasmos del extravío insano o bajo la sanción corruptora de la estulticia colectiva.

Hostos es sin duda la voz más repercutiente del ideal Hispano-Americano. Para su realización aportó siempre el vigoroso concurso de su virtualidad intelectual y en el esfuerzo de su incesante labor constituyese en su mejor propagandista; errante bajo cielos extranjeros, hablando de una patria de Justicia y de Amor, hacía conocer obras y autores intelectuales con tesonero empeño, y la cátedra, y un periodismo serio y dogmáticamente doctrinario, vehículos fueron de su austera misión que llevaron el aliento de su ideal a lo largo del desparramado archipiélago de las naciones hispánicas.

Agustín Álvarez, único pensador argentino, merecedor sin reserva ni restricción del nombre de moralista, preocupado notablemente por el concepto moral de las actuaciones políticas, y por la esencialísima virtualidad del Deber en la función del ser social, quizá si resucitando en forma lírica el sociomorfismo de Gumplowitz y J. M. Guyay, bosqueja en “La crítica” la absurda herencia colonial a la sociedad y a la política; y frente a los ideales levantados que harán del hombre un ciudadano virtuoso, digno y seguro imprime a la presente sociedad un sello de grandeza moral tan legítima y característica que al pensar del comentarista de “Oddilent” es capaz de fundamentar un credo político impartiendo entre sus varios componentes el régimen de una nueva y definitiva evolución privilegiada (véase “Estudios Sociales de Hispanoamérica”). Habrá [...] Juan Bautista Alberdi, el más docto y repesado de los estadistas suramericanos, que ha consagrado la energía de

su voluntad y el esfuerzo de su vida al concepto de la solidaridad hispanoamericana, piensa también, y lo afirma como necesidad de un Orden superior, en su libro “El crimen de la guerra” que dentro del evolucionismo funcional americano el ideal hispano se impone, “no como una necesidad ocasional, sino como el fundente básico de toda evolución reconstructiva”. Pero fuera ya de las teorías, de las vagas y múltiples apreciaciones, de las prácticas insuficientes, de las concepciones metafísicas y de esa arraizada filosofía sentimental, puestas en ejecución sin resultado positivo alguno; ¿cuál es, en síntesis general, el medio más fácil para llegar sin perturbación alguna del funcionamiento moral a la suprema concreción del ideal Hispano-Americano? La educación es la única cierta profilaxis para allegarse los ideales nuevos. Si tendemos la mirada desde el Hanahuak hasta las desoladas y estremecidas llanuras de la Patagonia, con el afán de contemplar un solo momento la nación española, indudablemente que encontraremos un pueblo sano, ágil, enérgico, vigoroso y repleto de acerva potencia material. “Un emporio de riquezas comunes” dice el doctor Evaristo González. Pero dentro de esta misma contemplación, un tanto subjetiva por el idealismo que la mueve, es preciso no olvidar que la táctica inexcusable del mastodonte de Calibán, tiene como condición especial alejar a España cada vez más de las repúblicas hispanoamericanas. Sobre todo, cuando los que asistimos con atención contemplativa al espectáculo efervescente de la actualidad norteamericana, en ese sentido, hallamos constantes y fehacientes pruebas de cómo aquella nación se empeña con tan resuelto ahínco en romper los eslabones de la cadena espiritual que une por heroísmo y tradición la hidalga patria del Cid con el glorioso continente hispano.

El Congreso de la prensa es acaso el ejemplo más real y más patético: cabe aducir aquí la interrogación definitiva del eximio escritor y publicista don José María Salavería, en su famoso y encendido artículo de actualidad “Una guerra de fronteras” publicado recientemente en la “Revista de las Españas” No. 11, Agosto, de 1926. “¿Es por qué tratándose concretamente de prensa americana los españoles nada teníamos que hacer allí?”. Sin embargo, el sapientísimo escritor no puede ignorar jamás que Norteamérica se propone por todos los medios posibles que los pueblos suramericanos no cuenten en ningún momento con España, y que se consideren únicamente unidos entre sí, por carácter mesolítico, o como diferentes agregados étnicos y geográficos formando un conjunto afín y funcionando correlativamente dentro de un

continente separado y autónomo. Esto, por una parte, y por la otra, la que es más peligrosa y aún la tendencia al mismo tiempo de acostumbrar a los pueblos hispanos, por razón de Créditos de Convenciones y de Tratados acomodaticiamente instrumentados a la idea de que los Estados Unidos pueden y deben ser la nación que asuma la tutela de todo un continente, empezando por el vértice de la tutela económica.

Pero todo ello, para nosotros hispanoamericanos, conscientes de la austeridad de nuestra misión y del destino de nuestra existencia, seguros de la óptima posibilidad de nuestra gloriosa rehabilitación de [...] ser punto menos que óbice para realizar con el concurso unificado de nuestros esfuerzos la obra de tan magnífico portento. El ideal Hispano-Americano no debe ser otra cosa que la íntima vinculación de nexos en el plano más elevado de afinidades demográficas y mentales, y despertamiento de viejas tradiciones que aviven con palpitaciones entusiastas la viejas memorias impartiendo energías y potencialidad en el movimiento de atrición creciente que integra la conciencia y la vitalidad de los pueblos de una misma comparencia.

Luchar, esforzarse intelectualmente, sobre todo, aplicando las siete leyes naturales de la sociedad: las dos generales de la sociedad y de los medios (materia de la mesología) y las cinco funcionales de que nos habla el sapientísimo autor de la Sociopatía, y que [...] profunda sabiduría el eminentísimo colombiano, doctor Carlos Arturo Torres, maestro y pensador, en su inimitable conferencia “Hostos” dictada en el paraninfo de la Universidad de Caracas para la Asociación de Estudiantes de Venezuela [...] “Ley del Trabajo, Ley de la Libertad, Ley del Progreso, Ley de la Conservación y Ley de la Civilización o Ley [...] y en su postulado de las capacidades en actuación implicadas en la existencia de la sociedad y de las latentes o potenciales que conducen a lo que la sociedad ha realizado ya o puede realizar en lo [...] la prosperidad relativa, por medio de su potencia económica; la [...] relativa por medio de su potencia económica: la perfección relativa por medio de su potencia educadora, y el bien relativo por medio de la ciencia moral”. Entonces, afirma el eximio autor de “Idela Fori” el ideal del Hispano-Americanismo será desarrollo nuevo, tendencias excelsas, el amor, el interés, el respeto y la comprensión mutua que habrán de [...] por amplio perímetro de su unidad ideal, en que necesariamente habremos de movernos.

No de otra manera podía adquirir el ideal su capacidad de vitalidad viviente. De no ser puesto en ejecución el programa de [...] afines; el sistema

práctico de relaciones e intercambios por [...] recíprocas y continuas corrientes intelectuales, que arraig[...] en España el sentimiento americano y tornen a los pueblos de América, unidas del sentimiento español, todo esfuerzo será inútil, todo [...] empeño será estéril [...]

1 Ligia Espinal cree que fue escrita en 1926 o en 1927.

2 Los puntos encorchetados corresponden a texto ilegible en el original.

BIBLIOTECA DOMINICANA BÁSICA (BDB)

La Biblioteca Dominicana Básica (BDB) aspira a reunir las obras emblemáticas de la literatura y el pensamiento dominicanos y llevarlas a un público amplio a fin de recuperar y poner en valor los títulos esenciales de nuestro corpus literario.

Es un proyecto largamente acariciado que persigue el rigor editorial tanto en la selección de las obras como en la edición y presentación. Por eso, se ha elegido como logo la flor nacional, la bella y singular rosa de Bayahíbe, que simboliza un propósito ambicioso, el de conformar una colección que nos vincule con nuestras esencias y rinda homenaje a los autores consagrados, a la vez que sirva de impulso a las jóvenes generaciones.

PUBLICACIONES BIBLIOTECA DOMINICANA BÁSICA (BDB)

1. El derrumbe

Federico García Godoy

2. El sembrador de voces

Franklin Mieses Burgos

3. Presencia de los frutos

Juan Sánchez Lamouth

4. Crepúsculo perplejo

Manuel Zacarías Espinal

5. La sangre

Tulio Manuel Cestero

6. Palabras sin tiempo

Domingo Moreno Jimenes

7. Textos escogidos

Virgilio Díaz Grullón

8. Materia del amor

Manuel Rueda

9. Yerbas bajo las piedras

Héctor Incháustegui Cabral

10. Décimas de siempre

Juan Antonio Alix

11. Poemas y narraciones

Tomás Hernández Franco

12. Cosas añejas

César Nicolás Penson

13. Idea del valor de la isla Española

Antonio Sánchez Valverde

14. Cuentos escritos antes del exilio

Juan Bosch

15. Cuentos escritos en el exilio

Juan Bosch

16. Más cuentos escritos en el exilio

Juan Bosch

17. Baní o Engracia y Antoñita

Francisco Gregorio Billini

18. Invitación a la lectura

Camila Henríquez Ureña

19. Over

Ramón Marrero Aristy

20. Siempre mis aguas tendrán rumores

Salomé Ureña

SOBRE EL AUTOR

Manuel Zacarías Espinal (1901-1933) fue un autor muy peculiar que falleció en plena juventud, y toda una personalidad literaria. No publicó ningún libro. Ligia Espinal de Hoetink se encargó de recopilar sus poemas y los dio a la prensa en 1961.

Su obra se mueve entre la composición clásica y la de vanguardia; entre una visión del mundo que se esfuma y otra que nace y se afirma. En este sentido, participa de la irrupción de la modernidad dominicana, que se inicia y desarrolla con el vedrinismo y el postumismo.

Partió de una estructura bien antigua, el soneto, para emprender su revolución fónica y lexical, y alcanzó una libertad absoluta en la forma de poetizar. Manuel Rueda enmarca acertadamente su producción poética: “Dueño de una imaginación viva y alucinante, como correspondía a un frecuentador de los paraísos artificiales, su estilo, aunque apegado a la tradición modernista [...] propugna por una extrema libertad, llegando a abolir el concepto y a traspasar los límites ideales de la palabra”.

SOBRE LA AUTORA DE LA INTRODUCCIÓN

Ligia Espinal de Hoetink